



PRESAS DEL ENCANTO

CRÓNICAS DE SON Y FANDANGO

Recopilación Andrés B. Moreno Nájera

Edición y Traducción, Eduardo García Acosta

Fotografía. Vídeo y Diseño, Deborah Small

Ingeniero de Grabación de Audio en DVD, Luís Reyes

PRESAS DEL ENCANTO

Crónicas de Son y Fandango

Andrés B. Moreno Nájera

Edición y Traducción, Eduardo García Acosta

Fotografía, Video y Diseño, Deborah Small

Ingeniero de Grabación de Audio en DVD, Luis Reyes

2005



DEDICATORIA

A la memoria de los músicos
y bailadores que hicieron
posible una época de oro
del son y el fandango en San
Andrés Tuxtla, Veracruz.

Pareja bailando “El Toro,” fotografía de Luis Falcone
del archivo, Casa de la Cultura

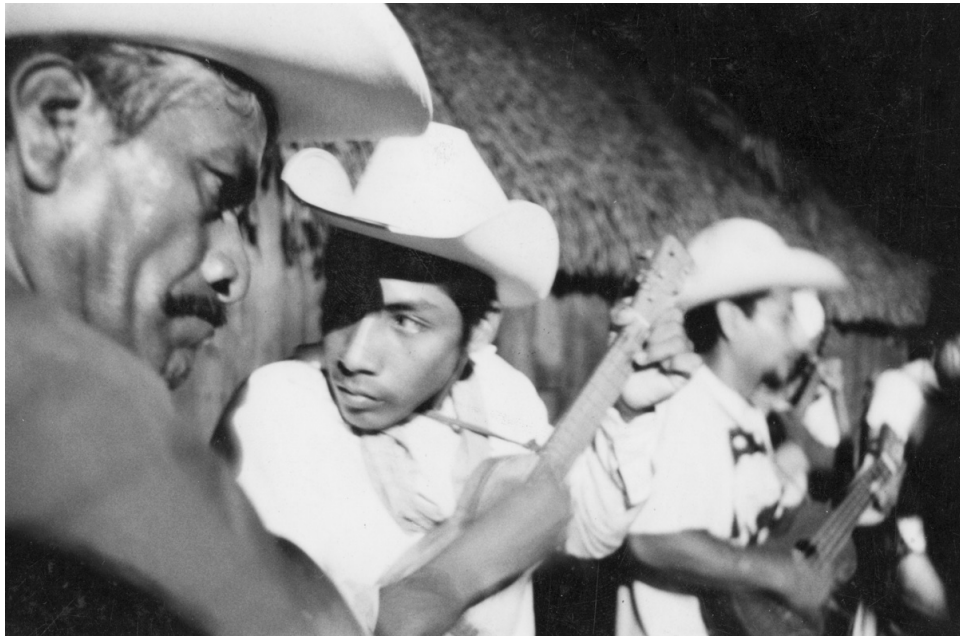


AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO

A todos los campesinos que aportaron sus ideas e hicieron posible este trabajo.
A todas aquellas personas interesadas que de una manera u otra dieron su apoyo.
—Andrés Moreno Najera

La generosidad de las siguientes personas hizo posible producir este libro:
“Los Cultivadores del son,” Meryll Goldberg y la Universidad Estatal de California
en San Marcos, La fundación Fulbright-Hays, Centro ARTES, Stephanie Jed, Luis
Lavalle, Elvia Castellanos, Eduardo Parra, Chad Huggins, Albert Rascón, Eduardo,
Rosa, y Ana Azamar, Ana Zarina Palafox, Andrés Barahona Londoño, Kim Emerson,
Mindy Donner, Lara Shumer, y Lydia Vogt. Gracias a CSUSM Becas para Viaje de
Estudio y Desarrollo Profesional.
—Eduardo García Acosta, Deborah Small, Luis Reyes



Esta y la imagen de portada son de Luis Falcone, archivo fotográfico, Casa de la Cultura

Presentación	9
Introducción	13
La espiga que me salvó	15
El egoísmo atrae el mal	19
Un día sagrado	21
El chaneque de los chorros de Pueblo Nuevo	27
Un encanto en la boda	29
Rosita la fandanguera	33
La jarana es un mal vicio	35
La jarana del Chino	39
La bailadora de Abata	42
Relato de Mayiya	45
La jarana que perdió la voz	47
El muerto que regresó a tocar	48
La fiesta del cerro	49
La ceiba de Pochuapan	50
El amigo	52
La jarana y el cascabel	55
La sombra del berenjenal	56
El cerro del encanto	59
El encanto del Coxole	61
Cuidado con el té	63
Me encantaron los chaneques	65
El mata gatos	67
Mi fiestecita a la santísima cruz	69
Un verso de despedida	71
El violín de don Modesto	72
Por qué no baila el hombre	75
Glosario	77
Bibliografía	80



Don Gabriel Hernández Pérez, decimero de Comoapan

PRESENTACIÓN

Cuando el maestro Andrés Moreno Nájera me mostró las narraciones aquí impresas me dijo: “para ellos—los narradores—estas historias son reales aunque para uno sean fantásticas.” Eso es exactamente lo que concluyó Italo Calvino en su colección de cuentos populares italianos *Fiabe italiane* después de mucho analizar, clasificar y estudiar cientos de cuentos y narraciones: los cuentos son reales.

Estas narraciones nos hablan de lo bueno de compartir la música, el baile, la tarima, la comida, es decir vivir en comunidad. Al mismo tiempo encontramos una moral que caracteriza los fandangos y el gusto de la gente por éstos como vicios “...la jarana es muy mal vicio, chamaco...” cuyas consecuencias amenazan ser severas (“Relato de oreja mocha,” “Relato de Mayiya,” “La jarana del chino,” “La fiesta del cerro”) que, por ejemplo, después de pasar un susto o perderse en el monte, el o la protagonista decide “no [volver] a salir a los fandangos.”

Encontramos también los temas y la ética que guían a una comunidad: el son y el fandango son bienes que se comparten y no se le niegan a nadie so pena de atraer el mal (“El egoísmo atrae el mal”). Cuando el son y el fandango se comparten el individuo crece como crece la comunidad al ejercitar la inclusión de otros.

Los instrumentos musicales son, en esta colección de cuentos, el punto de enfoque donde las virtudes de compartir la música dan la batalla con la envidia, el egoísmo y el individualismo para ganarse a la comunidad y el individuo (“La espiga que me salvó,” “El egoísmo atrae el mal”); la salvación del individuo debe pasar por la salvación de otros y por lo tanto de la comunidad. Y son la música, el son y el fandango, el portal que da entrada y salida a seres mitológicos a través de los cuales la comunidad conversa consigo misma.

Yobaltabant, uno de estos seres mitológicos, aparece, pues, en distintas ocasiones para aleccionar o hacer bromas a los adultos (“La jarana del chino,” “La bailadora de Abata,” “La jarana que perdió la voz,” “La fiesta del cerro,” “La Ceiba de Pachuapan,” “El amigo,” “El violín de don Modesto,” “Por qué no baila el hombre”). Este ser mitológico puede cambiar a la gente: hacerlos beber si no beben; hacerles dejar de beber si son borrachos; despojarlos de lo que tienen si su ambición afecta a lo demás; meterle un susto a quien intenta acaparar la tarima o el fandango (“Por qué no baila el hombre”).

Los chaneques juegan, asimismo, un papel integral en el folklore de la región y los encontramos en las narraciones “El cerro del encanto” y “El encanto del Coxole.” Generalmente son los chaneques (“Me encantaron los chaneques,” “El

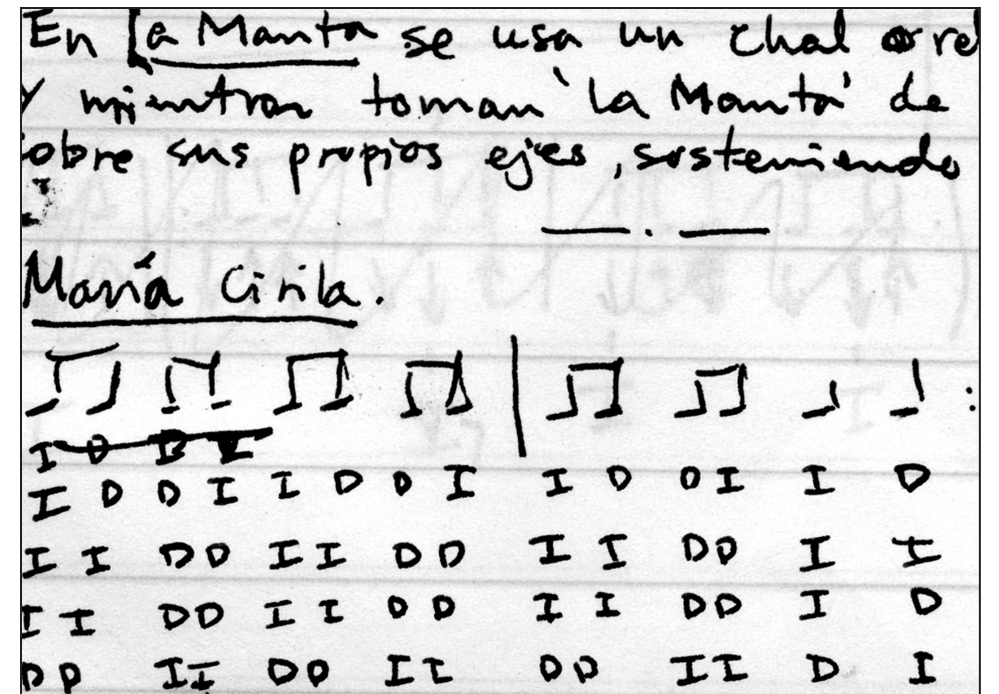
chaneque de los chorros de Pueblo Nuevo”) quienes se encargan de aleccionar al vicioso del son y el fandango que “...cuando no había fandango se sentía como un animal enjaulado, daba vueltas y más vueltas. . .” Otras veces vemos como los chaneques son los perpetradores del encanto, haciendo contrapeso al fandango y la música para que el pueblo “[deje] de amanecer en los fandangos” y conserve sus energías para otras actividades. Recientemente me enteré de la historia de un anciano cuyo padre no le enseñó a tocar jarana antes de enseñarle a cultivar la tierra: la autosuficiencia es primero. Sin embargo se sabe que la manera de hacer algo más interesante es, precisamente, prohibiéndolo.

Estas crónicas también nos permiten vislumbrar las costumbres, la cocina y la yuxtaposición, por ejemplo, de lo religioso (el altar) y lo secular (la tarima), lo espiritual (el canto religioso) y lo corporal (la comida, el baile y la cantada) en cuentos como “Cuidado con el te.” Durante los velorios (escenario en que da lugar la narración) estos dos mundos coexisten en un equilibrio sorprendente: los cantos religiosos se escuchan al mismo tiempo que los sones; sin perturbarse el uno al otro.

Hay tantas descripciones y definiciones del son y del fandango como personas hay que lo practican. Pero digamos que el son es la forma musical popular de expresarse de esta región de Veracruz y el fandango es la fiesta popular donde se canta y baila el son. Esta música de son hace uso de una instrumentación que puede variar según el área. En San Andrés Tuxtla se usan jaranas de diversos tamaños para obtener el alcance musical que en otras regiones se obtiene con el arpa. Se incluye así a un número mayor de personas. Se usan también las guitarras de son, que en otras regiones se conocen como requintos, el violín y la tarima. Aquí la música es más pausada lo cual permite a los bailadores y cantadores improvisar a su gusto.

Moreno Nájera es un maestro de secundaria que ha dedicado su vida a “enseñar, enseñar, enseñar” y su amor por la cultura lo ha convertido en un verdadero Tlapizcatzin (el que preserva) defensor y preservador de los viejos sones, “como los tocan los viejos,” los bailes y los cuentos de la región. Lejos de usar un lenguaje especializado, académico presentamos estas narraciones sin estilización alguna, conservando en ellas el sabor local del modo de hablar de sus narradores.

—Eduardo García Acosta



Notas sobre clase de baile de Eduardo García



Fernando Paz Pérez, Grupo Hermanos Paz



Juan Mixtega Baxin, viejo sonero recordando y charlando
con Ildiko Demeter, maestra de California

INTRODUCCIÓN

Los ancianos de antes, no permitían que sus hijos tocaran las jaranas, durante la infancia. Por lo regular, empezaron a tocar jarana después de que se casaban, cuando pasaban de niños a hombres. Aquí no contaba la edad, se podía ser niño a los trece años o ser a esa misma edad un hombre de obligaciones. Todo niño que quería tocar la jarana para acudir a la diversión, lo hacía a escondidas, reprendiéndosele severamente si era descubierto.

Los hombres de edad madura tenían la idea que la música de jaranas era un vicio, que atraía el encanto y el mal y sin embargo ellos se divertían con la música de estos instrumentos y bailaban al compás de sus ritmos.

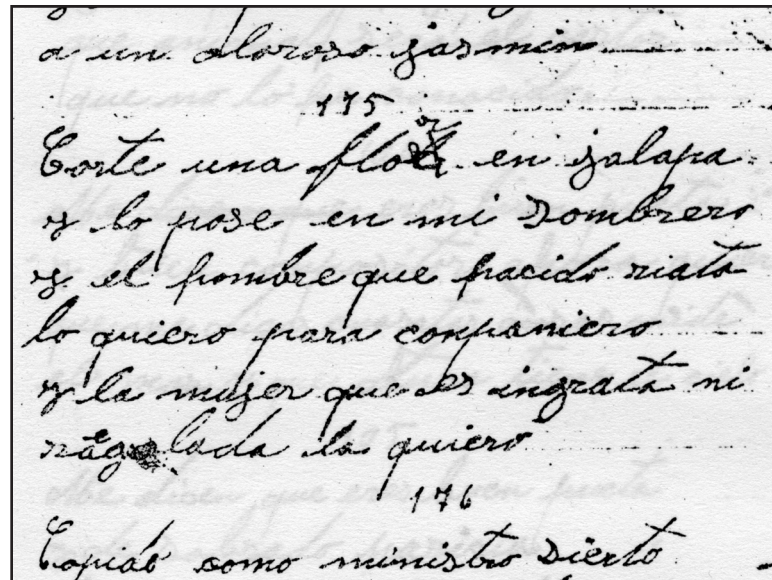
El demonio siempre los tentaba en un fandango, poniendo a prueba su valor y su inquebrantable fe. Por esta razón muchos jaraneros pegaban estampitas de santos en el cabezal o dentro de la boca de su instrumento, otros gustaban ir frente al altar, en un velorio y limpiar sus jaranas con flores, con la idea de alejar al demonio del camino. Pero también sufrían el acoso de los chaneques y yobaltabant quienes constantemente los hacían presa del encanto.

Por esta razón en un fandango no faltaba la presencia del violín, instrumento que alejaba al mal y con el cual, los músicos se sentían protegidos. Los músicos se sentían seguros y contentos con un violín, con su instrumento hacían constantemente la señal de la cruz. Esta es una de las razones por las que nunca faltaba el violín en los fandangos.

—Andrés Moreno Nájera

LA ESPIGA QUE ME SALVÓ

Relato de Don Demetrio Quino Baxin a los 90 años



Cuaderno de Alfonso Sinta, Xoteapan, 1938



Guitarrero tocando la guitarra de son durante un fandango dentro de las fiestas de Santiago Tuxtla

Una vez me fui a un fandango a las fiestas de San Antonio, allá en Comoapan, se ponían muy buenas y a mí me gustaba la diversión. Con mi guitarra en la mano me eché a andar por el camino real, siendo gente de campo no nos importaba caminar, estábamos acostumbrados a hacerlo siempre. Como llegué temprano, me fui a ver a los toros al rodeo. Se me fue el tiempo, cuando me di cuenta la noche estaba cayendo. Entonces me encaminé al fandango, a lo lejos se escuchaban los instrumentos y el golpeo de la tarima.

En el camino voy afinando mi guitarra, y de repente ¡zaz! Que se me revienta una cuerda. Por suerte que siempre traía una de reserva dentro de la guitarra. Me senté sobre una piedra y me puse a cambiarla.

El fandango se escuchaba bien animado, el golpe de la tarima era parejo, la música estaba bien controlada. Me entró la desesperación porque no podía cambiar mi cuerda en medio de la oscuridad y yo quería estar ahí metido en la fiesta. Cuando al fin terminé me encaminé al fandango. Al llegar había muchos músicos; jaranas de todos los tamaños y como tres guitarreros. Los guitarreros estaban parados al frente, al pie de la tarima. Cada golpe que daban con la espiga hacía saltar las cuerdas. Se veían quietos y alguno con los ojos cerrados. Solo se veían mover las manos. Abriendo camino llegué hasta el frente donde estaban los demás guitarreros, saqué una espiga de mi bolsa, la coloqué entre mis dedos y comencé a tocar. Casi frente a mí estaba parado otro guitarrero, con una media guitarra, que tenía en el cabezal una piedra roja que brillaba con la luz de la luna. Este hombre usaba un sombrero de lado y entre los dedos tenía una espiga larga de cuerno blanco. Parecía que no tocaba las cuerdas, pero se escuchaba fuerte y bonita su música. Parecía que no movía las manos pero recorría de arriba abajo el brazo de la guitarra y tocaba todas las cuerdas.

Pero en eso me di cuenta que yo no podía tocar mi guitarra. No escuchaba el sonido de mi instrumento. Se me trababan los dedos y la espiga en las cuerdas. Al levantar la vista, noté que el guitarrero del sombrero ladeado, se reía con una sonrisa rara, no sé si se reía de mí, por no poder tocar o se reía de gusto por estar tocando. Yo me decía ¡Dios mío, que me pasa! Si sé tocar ¿Qué tienen mis manos que no me responden? Me sobaba las manos, me tallaba los dedos sin ningún resultado. Volví a ver al hombre del sombrero ladeado y... la misma sonrisa en la boca. No sabía qué hacer, si insultarlo o salirme del fandango y regresarme a mi casa.

Después de pensarlo bien, decidí regresar a mi casa. Cuando ya me iba a salir me acordé que en la bolsa de mi pantalón traía otra espiga. Esa espiga la había curado un primer viernes de marzo, le había hecho siete rayitas como una colita de cascabel. Siempre la cargaba en mi bolsa aunque no fuera a tocar.

Entonces meto la mano a la bolsa de mi pantalón y saco la espiga, la pongo entre mis dedos, hago un registro, hago otro, al darme cuenta ya estaba tocando con los demás músicos un siquisirí. La música salía clarita, mis dedos se daban gusto subiendo y bajando por el brazo de mi guitarra. Ya me sentía contento en el fandango.

De pronto me acordé del hombre del sombrero ladeado, levanto la vista para verlo . . . ya no estaba. Lo tenía casi frente a mí y no vi cuando se retiró. Lleno de curiosidad le pregunté a otro músico:

—Oye amigo, ¿para dónde se fue el guitarrero que trae el sombrero de lado?

—¿Cuál, mi amigo? Si no ha llegado nadie con esas señas.

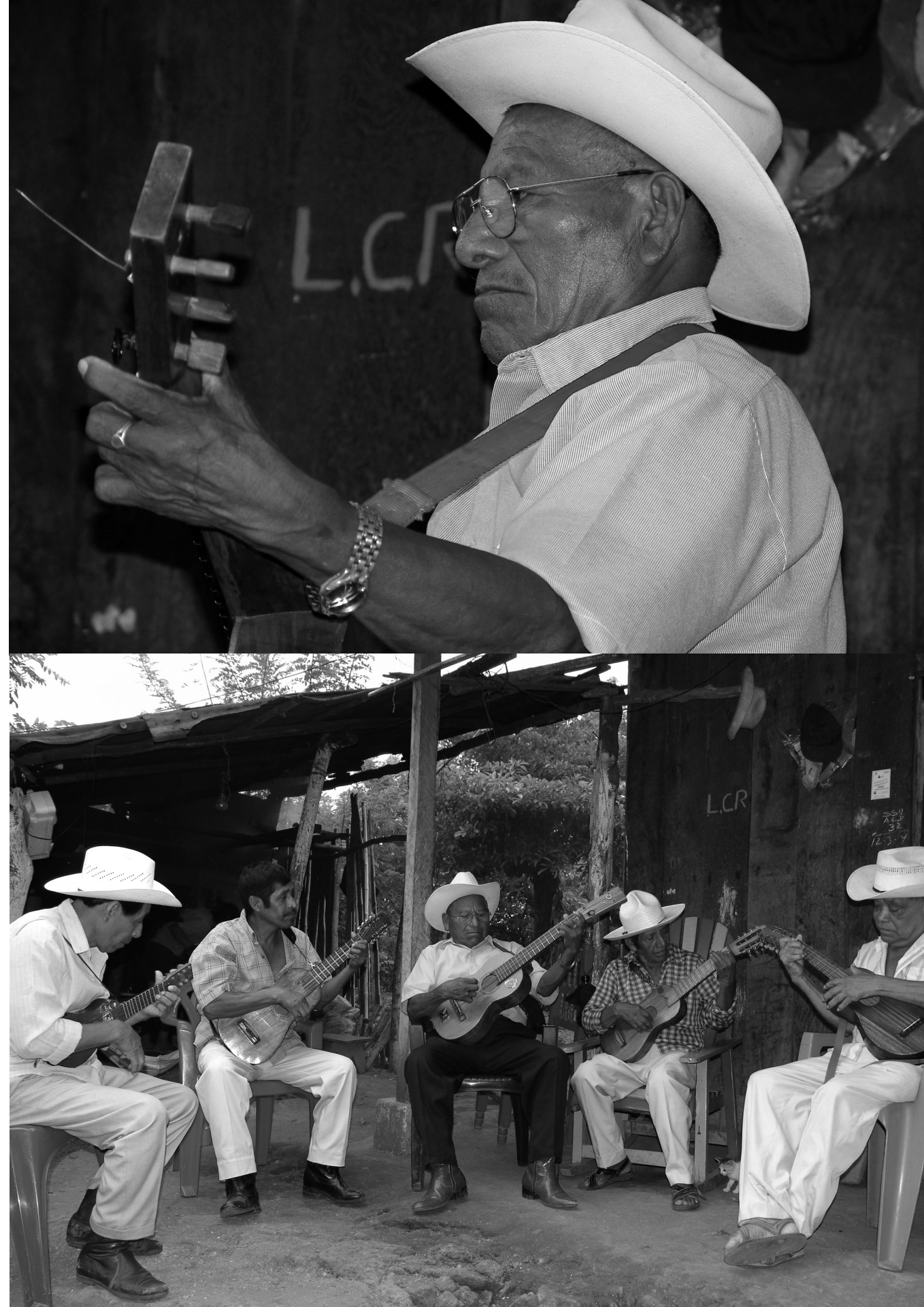
—Sí amigo el que estaba parado casi frente a mí. El de la guitarra que trae una piedra roja en el cabezal.

—No amigo, desde que llegaste te aislaste en esa esquina. Ven júntate con nosotros, vamos a tocar juntos.

En ese momento me di cuenta que no era nada bueno. Mi espiga me había salvado del maligno. Guardé silencio y recé un Ave María. Esperé a que saliera el sol para regresar a mi casa. Nunca quise contarle a nadie porque creerían que estaba loco. Esa es la razón por la que siempre cargo mi espiga aunque no toque. Un día me salvó del mal y otro día me salvó la vida.



Guitarra leona. Instrumento bajo ejecutado con una espiga hecha de hueso



“Los músicos cantaban buscando en su memoria los mejores versos de su repertorio. . .”
Grupo San Miguel, Eyipantla, 2004



El arsenal sonoro en San Andrés incluye jaranas de diversos tamaños.
Los músicos las clasifican de acuerdo a su tamaño o su sonido



Jaraneros en plena acción, Santiago

EL EGOÍSMO ATRAE EL MAL

Relato de Don Manuel Pava a los 99 años de edad

En una ocasión me invitaron a un velorio allá por los ranchos de Texalpan y me dispuse a asistir.

Al caer la tarde, descolgué mi jarana y le revisé sus cuerdas de tripas, porque a veces las comían las cucarachas. Les unté un poquito de aceite para aflojarlas y agarré camino. Con mi jarana colgada al hombro me fui caminando a la fiesta donde me convidaron. A lo lejos se escuchaba la música, y yo apresuré el paso. Cuando ya se oían claritos los sones, comienzo a afinar mi instrumento y así caminando quedó bien templado.

Poco a poco llegué a donde estaba un grupo de tocadores, junto a un entablado. Como ya estaba afinado, me acerqué a tocar con ellos, pero ellos como que no me vieron con buenos ojos, porque al terminar el son, se retiraron un poco para afinar nuevamente. Una vez afinados se acercaron a tocar otro son. Cuando quise tocar mi jarana me di cuenta que habían cambiado de tono.

Con calma me puse al mismo tono que ellos. Había quedado por "Chinalteco" mi instrumento. Me acerqué a ellos y comencé a tocar. Tocamos dos sones, pero en el tercero, el guitarrero mueve una cuerda y nuevamente cambiaron de tono. Ahora tocaban por "Media Bandola" y mi jarana no quería quedar. Me costó trabajo afinar mi instrumento. Sentía que me hervía la sangre... ¡caminar tanto para no dejarme divertir!

Molesto me volví a acercar a los músicos. Terminado el son vuelven a cambiar de afinación, ahora por "Variación Obligado."

Lleno de coraje me senté sobre un tronco. Me di cuenta que no querían que yo tocara. El fandango estaba en su punto y yo sentado con mi jarana en la mano sin poder tocar. La boca me temblaba de rabia, pero no podía decir nada, pues andaba por tierras ajenas. Si hubiera sido por mis terrenos, ya les hubiera quebrado la jarana por la cabeza.

En eso estaba pensando cuando se acercó un hombre a caballo con acicates plateados. Se bajó del caballo y se puso a tocar.

Traía una "segunda" que sonaba ladina, ladina, no había escuchando una jarana igual. En seguida pensé que le pasaría lo mismo que a mí por lo que me puse a esperar a ver qué sucedía. A la vuelta de tres sones cambiaron la afinación, el fuereño rápido cambió la suya. Como su jarana era ladina, opacaba las voces de las otras jaranas. En eso el fuereño cambia la postura de su jarana obligando a los

demás músicos a cambiar su afinación. Tan templadas quedaban las cuerdas que se fueron reventando. En otras el puente se le arrancó. El fuereño seguía tocando. La música se escuchaba como si fueran cien jaranas. Al terminar el son, cada músico tenía dos o tres cuerdas reventadas o el puente volado.

Entonces animado, me acerqué a la tarima a tocar. Cuando comencé a sonar mi instrumento se escuchó un ruido ensordecedor acompañado de una luz brillante. Un rayo había caído ahí mismo al pie de la tarima. Cuando reaccioné, estaba solo en la tarima, el fuereño había desaparecido. Los músicos con las cuerdas reventadas y los puentes volados rezaban y rezaban, pues Yobaltabant les había hecho una mala jugada.



Mujeres bailando "El Butaquito", Comoapan, imagen del archivo, Casa de la Cultura

UN DÍA SAGRADO

Relato de Rómulo Chontal a los 70 años de edad

En una noche de San Juan, se organizaba un fandango con motivo de celebrar al santo patrono de uno de los barrios de San Andrés Tuxtla. La luna llena se veía opacada por negros nubarrones que corrían en el cielo. Mas sin embargo, los vecinos entusiasmados habían puesto ya la tarima en medio de dos grandes candiles de petróleo. Unas largas bancas de madera se veían alrededor de la tarima, misma que ocupaban las mujeres que llegaban al lugar.

Los músicos templaban los bordones de sus instrumentos y tocaban pedacitos de sones para acoplarse entre ellos ante lo cual las mujeres se desesperaban por subir a la tarima. De cuando en cuando un cohete corredizo subía al cielo, invitando con su estallido a todo el pueblo a participar en la fiesta. Por las veredas llegaban grupitos de mujeres y campesinos con sus jaranas en la mano deseosos de divertirse.

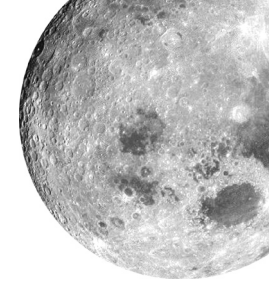
No todos en el barrio estaban de acuerdo, entre los vecinos del lugar, había varias personas descontentas. Los más ancianos decían que en ese día no podía correr aguardiente, porque era un día sagrado y se debía purificar el alma. Como la fiesta ya estaba organizada, los músicos impacientes dan inicio con un siquisirí. Al momento la tarima se llenó de mujeres, las cuales se movían de un lado a otro de la tarima. El cantador se daba gusto echando versos. No faltó quien galeó a una mujer poniéndole en la cabeza su sombrero.

Ya prendido el fandango se tocaron sones de a montón y de parejas. Los guitarreros disfrutaron pulsando sus cuerdas con la espiga en la mano. Versos tras versos cantaban los verseros. En la tarima los bailadores se remudaban al terminar cada copla.

A eso de la media noche se acercó un cristiano vestido de negro, en sus botines traía buenas espuelas de plata además de tener una brillante dentadura de oro.

Se acercó a los músicos y empezó a cantar con tal fuerza que opacaba la voz de los demás cantadores. Cada que abría la boca, salía un olor horrible; apestaba a algún animal muerto.

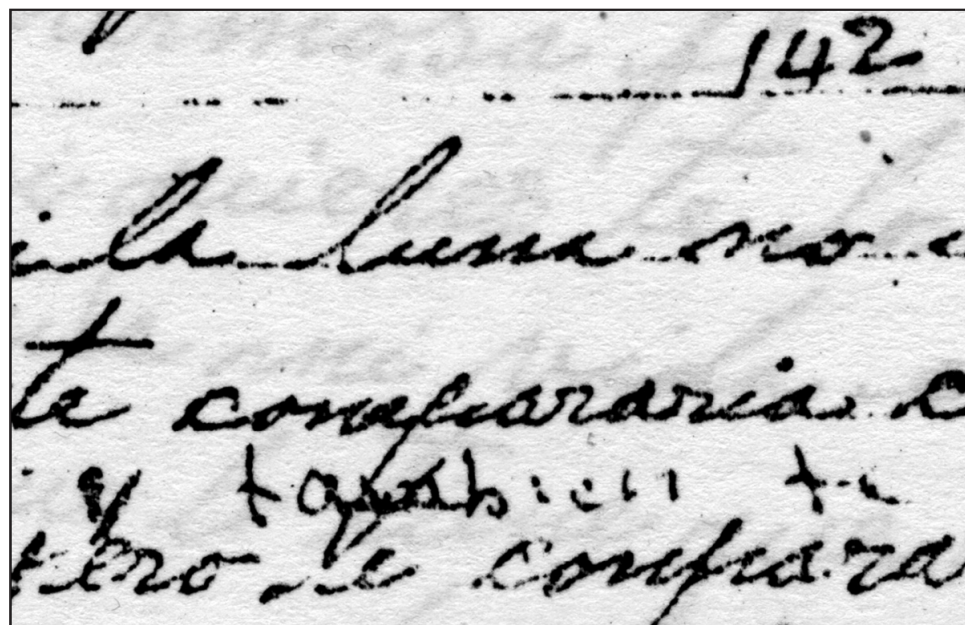
El fandango seguía animándose cada vez más, en eso los músicos se arrancaron con un "zapateado" y el hombre de negro subió a la tarima. Zapateó con tal fuerza, que se levantó una nube de polvo en la tarima. Ninguna mujer quiso bailar con el hombre de los dientes de oro, pero éste se negaba a bajar de la tarima. Entonces se formó un remolino muy grande que asustó a hombres y mujeres.





Cuando pasó el susto, el hombre de los dientes de oro seguía arriba de la tarima. Reaccionando, los músicos y la gente ahí reunida decidieron bajarlo a empujones. Mas el hombre de negro decidió bajarse y se echó a correr seguido por la gente, pero al llegar al cruce de una calle se convirtió en un chivo que a los pocos minutos se perdió en el monte.

Los músicos llenos de miedo regresaron al fandango, para darse valor bebieron aguardiente toda la noche hasta que salió el sol. Por eso desde ese día, los jaraneros toman mucho aguardiente cada vez que están tocando.



Detalle de cuaderno de el versero Alfonso Sinta, Xoteapan, 1938



La expresión artística incluye grabados sobre las jaranas. Don Victor Berdón, jaranero y amante del son y el fandango





EL CHANEQUE DE LOS CHORROS DE PUEBLO NUEVO

Relato de Pedro Chapol a los 61 años de edad

Contaba mi tío que hace muchos años, en San Andrés había pocos puentes. Para pasar el Vichilapa, el Pipisole o el Tajalate, había que hacerlo brincando las piedras. A mi tío le gustaba mucho el fandango, amanecía tocando o bailando en la tarima, hasta que el fandango terminaba. Todos los sábados se guiaba por los cohetes de arranque para encontrar un fandango; cuando no había fandango se sentía como un animal enjaulado, daba vueltas y más vueltas . . .

Un día, cuando caía la tarde agarró su jarana, se la colgó en el hombro y se fue al fandango allá por Pueblo Nuevo. Toda la noche estuvo tocando y bebiendo aguardiente con otros músicos y bailadores. Ya cuando amanecía se echó a caminar calle abajo. Al pasar cerca de los chorros de Pueblo Nuevo vio que un niño jugaba en el agua a esa hora de la madrugada. Asombrado se acercó un poco para ver quién era. Entonces le dijo el niño:

—Señor, señor, toque usted “Los Enanitos.”

Como le había caído en gracia el niño, agarró su jarana y se puso a tocar el son de los enanos. En ese momento bajó un terral espeso, que cubrió el lugar. No se podía ver ni los pies siquiera. No sabía por donde y para donde caminar. Le preocupaba el niño que andaba solo a esa hora. Era tan profundo el silencio que se sentó sobre una piedra y se puso a esperar a que se despejara, pero siempre atento a escuchar las pisadas del niño dentro del agua.

Cuando empezó a aclarar, se echó a buscar al niño pero ya no lo encontró, solo se escuchaba el sonido de los chorros de agua. Un escalofrío le recorrió por todo el cuerpo que hasta la borrachera le bajó. Abrazó su jarana y se puso a caminar, pero no podía avanzar . . .

Desde ese día, mi tío dejó de amanecer en los fandangos.

UN ENCANTO EN LA BODA

Relato de Evaristo Melchi a los 64 años de edad



En los fandangos, la tarima es escenario e instrumento del son



“La música, los bailadores y los cantadores eran una sola cosa.”

Hubo una vez la celebración de una boda, en una de las comunidades vecinas de San Andrés. Ahí se concentraron músicos bailadores y versadores de los alrededores, quienes llegaban en grupitos. Los hombres a caballo y las mujeres a pie.

El fandango estaba muy bonito y divertido. Los músicos convivían: mientras unos tocaban, otros descansaban. Los cantadores echando versos en cada son, buscando lo mejor de su memoria de acuerdo a la ocasión.

Había caído la noche, cuando llegó otro grupito de músicos. Estos venían de por las partes altas y, en vez de acoplarse a la afinación de los músicos que estaban en la tarima, se pusieron a tocar con un tono más alto. Los músicos que ya estaban tocando se molestaron, pero al fin de cuentas afinaron sus instrumentos al tono que traían los recién llegados. Cuando ya estaban acoplados, los recién llegados volvieron a cambiar la afinación y entonces los señores se retiraron a un lado. Los recién llegados se apoderaron del fandango. No había más músicos que ellos. Cuando unos verseros que ya habían estado cantando se acercaron a cantar les llovieron versos picones y de argumento, que los obligaron a guardar silencio. Ellos eran los únicos del fandango.

Así estuvieron por un buen tiempo al pie de la tarima, acosando a todo aquel que se atrevía a acercarse. Nadie supo de donde salió un viejecito con una primerita hartosucia pero con un sonido ladino. Se acercó a ellos y les dijo:

—El mejor de ustedes, véngase a tocar conmigo.

Los músicos recién llegados se unieron al viejecito y se pusieron a tocar y a cantar. Él trinaba como una primavera. En versos de argumento le preguntaron:

Si es que conoces el paño
Yo te voy a interrumpir
En preguntarte extraño
En versos me has de decir:
¿Cuántas horas tiene un año?

A lo que el viejecito contestó:

Como me gusta trovar
Voy a decirte la cuenta
Sabiendo multiplicar
Tiene ocho mil setecientas
Y sesenta al acabar.

Todos los presentes se quedaron en silencio al escuchar la respuesta. Al momento le sueltan otro verso:

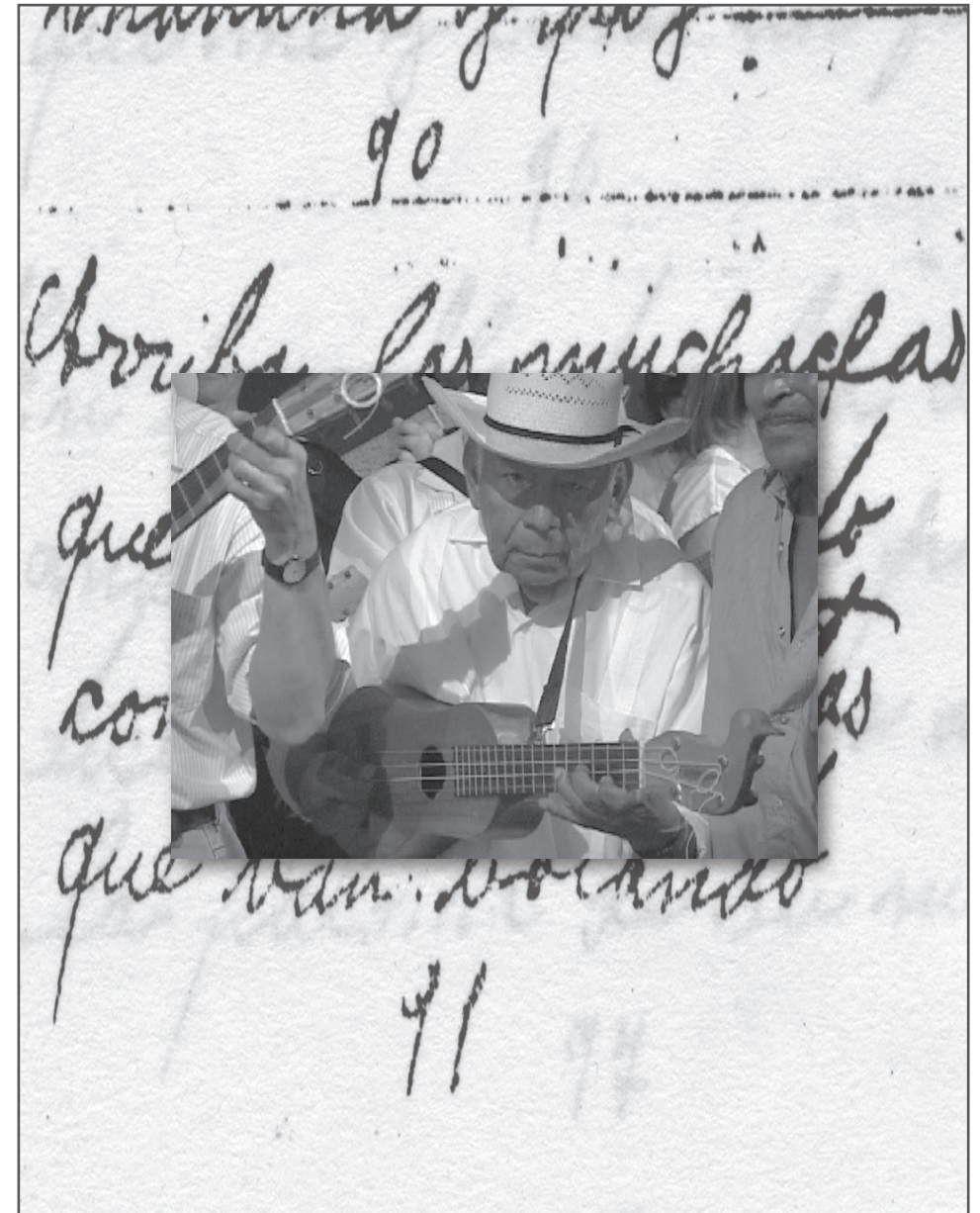
Ya comenzamos el son
Para definir el punto
Ahora en esta diversión
En mis versos te pregunto
¿Cómo será la cuestión
pa' definir el asunto?

En seguida el viejecito le contesta:

Vamos formando cadenas
en versos de argumentar
¿Dónde vivía la ballena
en las honduras del mar,
o ha de ser por la cantera
que nunca se puede hallar?

Así, el viejecito estuvo contestando "versos de argumentar," y "versos picones". Pero mientras el viejecito contestaba se alejaba poco a poco de la tarima. Siguieron tocando son tras son y sin darse cuenta los músicos se fueron durmiendo y el ancianito seguía tocando y tocando. Los músicos quedaron completamente dormidos en medio del monte, cuando despertaron se encontraron tirados a orilla de un arrollo y sus jaranas a los lados. Cuando levantaron sus jaranas se dieron cuenta que todas las cuerdas estaban reventadas.

Entonces se vieron las manos y los dedos los tenían hinchados y sangrados. Se asustaron tanto que se alejaron presurosos dejando sus jaranas tiradas en el arroyo.



Don José Palma, guitarrero



“...era conocida por su gracia para bailar y lo hermosa que era...”



ROSITA LA FANDANGUERA

Relato de Ricardo Fonseca Cadena

a los 78 años de edad

Hace muchos años vivía una señora que le gustaba tanto el fandango que su vida era un martirio cuando no había. Con ansiedad esperaba la llegada del sábado, día en que se efectuaban los fandangos en los barrios de San Andrés. Cuando llegaba el sábado, desde muy temprano se ponía inquieta. Cuando caía la tarde bajaba al río con su jícara en la mano para bañarse y subía poco después con su largo pelo suelto tendido en su espalda.

Para asistir al fandango, se ponía sobre la oreja una gardenia blanca en contraste con su negro pelo suelto. Siempre usaba una pollera amplia olorosa a pachulí.

Rosita, que así se llamaba la mujer, era bastante conocida en los fandangos por la gracia que tenía para bailar y lo hermosa que era. Los hombres se sentían complacidos y contentos cuando la galeaban. Ella, con el sombrero sobre su cabeza, se movía de un lado a otro de la tarima ante la mirada de todos. Tiempo después, Rosita se mandó construir una tarima de cedro rojo, hacía sonar muy clarito el zapateado. Cada que quería bailar, mandaba a buscar a los músicos e invitaba a los bailadores y bailadoras, quienes amanecían tocando y bailando. Ella terminaba bañada en sudor y cansada de tanto bailar, pero llena de gusto por haberse divertido.

Así transcurrió la vida de Rosita, de fandango en fandango o en su casa cuando no había fiesta en algún barrio.

Un mal día se enfermó permaneciendo por mucho tiempo en cama, las piernas se le entumecieron de dolor. Cuando escuchaba los cohetes anunciando un fandango, se ponía muy triste, la tristeza la acabó poco a poco hasta que una mañana amaneció muerta. Después de que pasó el luto, su tarima fue prestada para un fandango, cuando el fandango estaba en su apogeo, la tarima llena de mujeres retumbaba, al golpe de los tacones de los zapatos de las mujeres, pero en medio de todo ese escándalo se escuchó el llanto de Rosita. Las mujeres asustadas se bajaron y ya no quisieron bailar más, terminando ahí la diversión.

Tiempo después se volvió a prestar la tarima, repitiéndose el suceso. Así cada vez que se utilizaba la tarima para un fandango se escuchaba llorar a Rosita la fandanguera. Finalmente la gente decidió no utilizar más esa tarima. El sol y el agua terminaron por destruirla. Nadie se dio cuenta dónde quedó.



LA JARANA ES UN MAL VICIO
Relato de Carlos Escribano Velasco "Oreja Mocha"
a los 76 años de edad

Mi finado padre se llamaba Rosendo. Desde que tuve entendimiento conocí la jarana y la música hasta el sol de hoy. Mi papacito hacía jaranas y las vendía a la gente de los ranchos vecinos o a músicos de San Andrés. En febrero las llevaba a las fiestas de Tlacotalpan desde antes de 1920. Entonces se caminaba hasta Alonso Lázaro, de ahí en bote y después a caminar de nuevo.

Cuando era un niño, le decía a mi papá que me enseñara a tocar, pues yo veía cómo se divertía, pero él siempre se enojaba y me decía:

—La jarana es muy mal vicio, chamaco ya será usted varón, entonces podrá usted tocar lo que quiera, hoy no.

Pero a veces yo le insistía que me enseñara a tocar un poquito o me prestara su jarana, como respuesta me sorrajaba un pescozón. Entonces guardaba silencio y permanecía sentadito a su lado, sin decir palabra alguna. Mi papá me traía jalando por donde quiera que salía a tocar. Me gustaba andar con él, cuidarlo. Cuando ya estaba borracho se quedaba dormido. En los fandangos tocaba la jarana o el punteador y le gustaba tomar aguardiente o té con té.

Cuando ya estaba borracho, me llamaba, haciendo que me sentara junto a él, entonces se ponía a enseñarme a tocar. Me decía de las pisadas y los tonos. Me aconsejaba no mojarme las manos cuando tocara, a echarle aceite a las cuerdas que por ese tiempo eran de tripa, y muchas cosas más. Cuando se le bajaba la borrachera y le preguntaba lo que se me había olvidado, entonces me regañaba y hasta me pegaba. Es que mi papacito no se acordaba de lo que hacía cuando estaba borracho.

Así fue como aprendí a tocar la jarana, Después, a los trece años, toqué mi primer violín. Aprendí de mi padre a hacer jaranas y violines con el filo de mi machete y así será hasta que Dios me llame a Juicio.





“...la tarima llena de mujeres, retumbaba...”



“...los músicos no querían dejar de tocar...”

LA JARANA DEL CHINO

Relato de campesino anónimo

En una ocasión, a un fandango celebrado en una de las comunidades de la región sanandrescana habían acudido varios músicos y cantadores. Muchos habían llegado temprano acompañando a los recién casados, pues era costumbre llevarlos con jaranas. En el patio había grandes mesas improvisadas y sobre ellas las mujeres ponían tacualones repletos de tatabiyiyayo y cubetas de pinole. Las tortillas calientitas las hacían otras mujeres, quienes tenían en el suelo tenamaste donde ponían el comal.

Al caer la tarde, los músicos se fueron acercando a la tarima que estaba bajo un manteado. Con el primer son, todos se apresuraron para estar en el entablado. Habían iniciado los músicos pero los cantadores no se atrevían a cantar. Los bailadores tampoco se animaban a subir a la tarima. El casero, que estaba observando, se subió a la tarima y le dijo a los presentes:

—Señores, esta noche es de diversión ¡A divertirse todos! Por el gusto de que a mi hija hoy se la lleva su marido.

—¡Voy a dar una botella de jerez y una garrafa de aguardiente al mejor de los verseros. A la media noche la entrego para que la comparta con los músicos!

Se bajó de la tarima y volvió a escucharse el pájaro Cu. Nadie se atrevía a contestar, había recelo entre los verseros. Las mujeres tampoco subían a bailar. De pronto un ancianito se subió a la tarima tratando de imitar groseramente a las mujeres al bailar. Enojadas las mujeres se subieron a la tarima bajando al ancianito dando de esta manera inicio al fandango. Todos los verseros recorrían sus memorias buscando versos. Las mujeres subían y bajaban de la tarima. El fandango se estaba animando bastante.

Había un músico poco conocido por los presentes, de color moreno y pelo chino que hasta entonces había permanecido callado, se acercó a los músicos. Templó bien su jarana y se puso a tocar. La música de su instrumento era buena, sobresalía de las demás jaranas. Dejó que los demás cantaran en un principio, luego se puso a cantar con fuerza. Su voz era clarita dándole forma a cada son que cantaba.

Los asistentes estaban atentos a los músicos y versadores. El negro de pelo chino, con mucho cuidado agarraba su instrumento y tocaba con delicadeza. El sonido de esa jarana era inconfundible. Daba una voz diferente a todas, confundiéndose con la del chino. Cantó versos de entrada, de relación, de argumentar y tantos otros

que nunca se habían escuchado por el rumbo, con el zapateado, que tenía cerca de dos horas de haber comenzado. Pero ni los músicos ni los cantadores se querían dar por vencidos.

Los asistentes estaban nerviosos porque algún perdedor podía comenzar con versos picones y saldrían entonces los machetes a relucir. Sin embargo el son siguió de frente. Se tocó tanto tiempo que muchos jaraneros tenían su jarana salpicada de sangre, por los dedos reventados. El chino cantó versos como nunca antes se habían cantado. Llegó un momento en que los demás cantadores se callaron para escucharlo cantar. Los músicos no querían dejar de tocar para que siguiera cantando.

Cuando por fin terminó el son, se dirigió en silencio hacia una mesita donde estaba el vino y la garrafa de aguardiente, los agarró y se alejó con el triunfo. Nadie sabía quién era ni de dónde había venido. Lo vieron alejarse callado sin pronunciar palabras.

Había caminado unas veinte varas cuando desapareció en medio de un remolino. Cuando se dispó el remolino, en el lugar quedó una botella de vino y una garrafa de aguardiente.



LA BAILADORA DE ABATA

Relato de campesino anónimo

Había una vez, un señor, vecino de Belén Grande que no tenía trabajo; buscaba pero no encontraba. Su desesperación aumentó tanto que una mañana al filo del medio día en un cruce de calles pensó:

—Si el diablo me diera trabajo con él me iría a trabajar.

Entonces se levantó un remolino muy grande que lo envolvió y se lo llevó. Nunca se volvió a saber de él, sus familiares lo buscaron pero no lo encontraron. Con el tiempo se olvidaron del asunto. Este señor tenía una comadre, mujer joven pero viciosa para el fandango. Sábado con sábado bajaba del cerro montada en su burro acompañada de un grupo de mujeres. Esta mujer que además de bailar mucho, le gustaba que a las mujeres que bajaban con ella de Santa Rosa Abata, las galearan. Pero ella recibía la recompensa por la gala y consistía en una cerveza.

Sucedió que en una ocasión se organizaba un fandango muy bueno en uno de los barrios de San Andrés y hasta ahí estuvo presente la bailadora de Abata. El fandango comenzó temprano. Llegaron los músicos templando los bordones de sus jaranas. Los bailadores con sus botines limpios y garbancillos en los tacones, sonaban en el empedrado de la calle. Mucha gente llegó a caballo y arriba del caballo observaba la fiesta.

A eso de las ocho de la noche, el fandango estaba encendido. Las cuerdas de tripa se reventaban y los músicos presurosos las remplazaban por otras nuevas. Entre trago y trago de aguardiente o mascando trocitos de canela afinaban la garganta. Las mujeres subían y bajaban de la tarima. A eso de la media noche, al son de la morena, la bailadora de Abata se movía de un lado a otro lado de la tarima. Lucía su largo pelo tendido sobre la espalda. De repente escuchó que alguien la llamaba, volteó para todos lados pero no daba con quien le hablaba. Volvió a escuchar su nombre, pero no veía a nadie. Entonces escucho que le dijeron:

—Comadrita, soy yo tu compadre Chano, mírame aquí estoy.

Pero ella no veía nada. Entonces pensó que eran ideas que le venían a la cabeza, pero al momento volvió a escuchar:

—Comadre voy a poner mi mano sobre tu cuerpo y la ensuciaré con sangre de mango para que quede marcada.

En ese momento pensó que se le habían subido las cervezas que se había tomado. Se bajó de la tarima y ya no quiso bailar esperó el amanecer para regresar a su lugar.

Pasaron los meses y la bailadora de Abata se hizo vieja. Seguía de fandango en fandango montada en su burro.

Un buen día apareció un hombre viejo en la casita de zacate de la bailadora de Abata. Ella no lo reconocía, le explicó que había ido a buscar a su familia a Belén Grande pero la casa estaba vacía. Intrigada la mujer le preguntó:

—¿Quien eres tú que no te conozco?

—Soy yo, tu compadre Chano mírame bien.

—Me fui al monte y me quedé dormido, soñé que tú bailabas en San Andrés y yo te hablaba pero tú no me escuchabas ni me veías, entonces te ensucí la enagua con sangre de mango.

Entonces la bailadora recordó aquella ocasión en el fandango donde escuchó que le llamaban. Se levantó de su butaque y fue a revisar su enagua y efectivamente, tenía una mano pintada. Cuando salió a ver al compadre ya no lo encontró, había desaparecido. Desde esa ocasión no volvió a salir a los fandangos.



RELATO DE MAYIYA

Facundo Ixtepan Malaga a los 80 años de edad

Cuando era muchacho, me gustaba mucho la música y el fandango. Estas fiestas se hacían los fines de semana o cuando había velorios. Me impacientaba bastante entre semana, esperando que llegara el día de fandango, que era sábado o domingo.

Era tanto mi vicio que llegó un momento que por las noches soñaba con los fandangos. Clarito escuchaba la música en mis oídos. Me desesperaba y me levantaba escuchando la música alegrarse poco a poco.

Una noche que estaba medio borracho escuché clarito la música otra vez en mis oídos. No me aguanté, agarré mi jarana. Salí de la casa y me fui por el camino a Ocelota, pues por allá se escuchaba el fandango muy divertido. Caminé y caminé hasta llegar a la ranchería. Cuando estuve entre las casas, me puse a buscar el fandango, pero no había nada. La música se escuchaba ahora muy lejos, hasta que se perdió en el silencio de la noche.

Entonces me entró miedo. Busqué la casa de un amigo, le conté lo sucedido y me ofreció un rincón para pasar la noche, pues el miedo que me entró no me dejó regresar.

LA JARANA QUE PERDIÓ LA VOZ
Relato de campesino anónimo



El Apompal, Tres Zapotes, Veracruz



Raíces del apompo

Cuando era joven, me gustaba la diversión bastante. No había fandango donde no estuviera. La jarana y yo éramos inseparables, es como si anduviera con alguna mujer de fiesta en fiesta.

Mi jarana era un requinto hecho de una raíz de cedro que yo mismo desenterré en el campo. Su voz era única, no se podía confundir con las demás, por eso era motivo de envidia. Mucha gente elogiaba el sonido de mi requinto, que cuando no asistía a un fandango se extrañaba su voz. También había gente que no le gustaba que yo tocara. Se ponían de mal humor cuando escuchaban mi música.

Un buen día asistí a un fandango allá por la Cinco de Mayo. Ahí se hacían todos los sábados y concentraba mucha gente. Llegaban músicos de diferentes lugares. Algunos llegaban a caballo desde las rancherías. Como los organizadores eran carpinteros, habían hecho una tarima grande donde podían bailar muchas mujeres el son "de a bastante." Esa noche la diversión era buena. Había buen tiempo; muchas mujeres en la tarima; bastantes músicos y cantadores.

Estaba divirtiéndome con mi jarana cuando llegó a caballo un hombre maduro con un enorme puro en la boca. Lo vi pasar con rumbo a los abrevaderos de Don Chema para amarrar su caballo.

Al poco tiempo ya estaba tocando con todos nosotros. Estaba inquieto, ningún lugar le acomodaba. Así pasaron las horas en el fandango. Después de un tiempo lo vi parado junto a mí. Todavía traía el chicote prendido en la boca, sacando humo de vez en cuando, molestando a los presentes. En el momento menos esperado se sacó el chicote de la boca, echó una bocanada de humo en la boca de mi jarana y se salió. Me quedé desconcertado pero seguí tocando sin darle mayor importancia.

Al poco rato, al terminar un son, me di cuenta que mi jarana estaba desafinada. Salí a afinarla y volví para tocar. A medio son noté que se había vuelto a desafinar. La volví a afinar pero en eso se reventó el sextillo.

Me senté a cambiar la cuerda pero al querer afinar se me reventó la primera. No pude tocar toda la noche, pues mi jarana cuando no se destemplaba, reventaba las cuerdas. Ahí me di cuenta que lo que aquel hombre hizo al echar humo a mi jarana, fue una maldad.

EL MUERTO QUE REGRESO A TOCAR

Relato de campesino anónimo

Me contaba mi abuelito, que cuando él era muchacho, los músicos se juntaban para divertirse. A veces, en la oscuridad de la noche, recorrían las calles con sus jaranas al hombro buscando la diversión en algún barrio del pueblo.

Mi abuelito salía con los muchachos de su barrio que les gustaba salir a los fandangos.

Un día se murió un compañero de la palomilla, a lo que todos se congregaron en la casa del difunto para cumplir con un deber . . . tocar música por última vez y acompañar a la viuda y demás familiares.

Desde la tarde hasta la noche se estuvo tocando. La música era pausada y rara vez se cantaba un verso. A eso de las doce de la noche, bajo la luz del candil y las velas de pronto les pareció ver la imagen de su compañero parado en la puerta. Todos dejaron de tocar sin decir nada. La piel se les enchinó. Para darse valor uno con otro juntaron sus cuerpos. Después de unos minutos que les parecieron horas, recordaron que el difunto decía: “Aunque yo me muera, regresaré a tocar con ustedes, porque amo la bailada y la tocada y quisiera tocar hasta que me canse.”

Los jaraneros recuperaron el valor y se pusieron a tocar, aunque la música ya no sonaba igual. Estaban con recelo, temerosos viendo siempre hacia la puerta. Al terminar de tocar, decidieron retirarse a sus casas. En grupo se alejaron de la velada.

Cuando habían caminado un buen tramo, decidieron voltear hacia la casa del difunto. Vieron que bajo la luz del candil había un hombre que tocaba su jarana. Así en silencio, se alejaron con pasos presurosos a sus casas, sintiendo que detrás de ellos caminaba el difunto.

LA FIESTA DEL CERRO

Relato de Clemente Mixtega Baxin

Hace muchos años, cuando la jarana daba vida a la muchachada, cuando se hacían fandangos en todos los barrios y rancherías del lugar, nos sucedió algo increíble.

Un día cuando regresábamos de un fandango, ya entrada la noche, nos encontramos en el camino a una señora. Nos pidió que fuéramos a tocar un rato a su casa, pues tenían una fiestecita. A cambio nos daría una propina.

Todos aceptamos ir y nos fuimos caminando detrás de ella. Nos llevó por un lugar muy lejos. Cada vez subíamos más el cerro, alejándonos de la ciudad. Íbamos por veredas en el monte, un poco cansados, pero la señora seguía caminando como si nada.

Después de haber caminado un buen rato nos dimos cuenta que un enorme perro nos seguía. La señora parecía no preocuparse, mientras nosotros casi no podíamos caminar por el miedo. Se me puso la piel de gallina. Quería hablar pero no podía por el miedo que tenía. Cuando al fin pudimos emparejarnos con la mujer, nos encontramos con unos campesinos que venían bajando, entonces les preguntamos:

—¿Cómo está la fiesta amigos?

—¿Cuál fiesta? Preguntó uno de ellos.

Nosotros respondimos que la que se estaba dando en casa de la señora.

—¿Cuál señora? Respondió otro campesino.

Entonces nos dimos cuenta que estábamos solos, no vimos por dónde se fue la señora. Guardamos silencio y nuestros cuerpos empezaron a temblar. Así en silencio llegamos a nuestras casas sin comentar nada.

LA CEIBA DE PUCHUAPAN

Relato de Juan Mixtega Baxin a los 86 años de edad

Me contaba mi papacito que cierto día se había celebrado un fandango cerca del nacimiento de Puchuapan, ahí mismo al pie de la ceiba grande. Habían puesto un manteado desde la tarde. La gente se arremolinó en la tarima. Los bailadores se remudaban en el entablado, secándose el sudor de la cara con el pañuelo. Las mujeres subían y bajaban soplándose con la punta del rebozo, mientras los cantadores afinaban la garganta mascando canela o tomando tragos de miel. Los músicos entraban y salían del fandango cada que tenían que afinar sus instrumentos. El fandango se puso en su punto. La música, los bailadores y los cantadores eran una sola cosa.

A eso de las once de la noche, cuando el fandango estaba más animado, llegó un cantador con un vozarrón de trueno. Muy bien afinado, muy fino en su cantada que los demás cantadores se sintieron opacados y dejaron de cantar. Cuando algún versero intentaba cantar, rápido le brincaba al verso que casi era imposible que hubiera un rival para él. Este hombre de la voz de trueno se había adueñado del fandango, nadie cantaba más que él.

Todos estaban como encantados, los músicos toque y toque, los bailadores en la tarima dejándose llevar por la música y los cantadores...mudos. Después de un tiempo uno de los músicos se dio cuenta que traía los pies volteados y los dedos revirados llenos de pelos.

Uno de los cantadores que era muy entendido, se arrimó a la tarima y empezó a encomendarse a Dios cantando y cantando. Los demás cantadores se dieron valor y también empezaron a cantar en nombre del santísimo.

Cuando menos se esperaba, se levantó un remolino con un viento tremendo que voló el manteado, la ceiba se retorció con fuerza y los sombreros volaron de las cabezas de los hombres. Cuando volvió la calma, el cantador había desaparecido. Ahí terminó el fandango. Desde ese día, el cantador que se encomendó a Dios para alejar al mal quedó tartamudo hasta los últimos días de su vida.



EL AMIGO

Relato anónimo

En una ocasión, en una fiesta de San Miguel Arcángel, se realizó un fandango durante el velorio. Hasta el barrio llegaron varios músicos y bailadores a caballo, provenientes de rancherías cercanas. Hasta ahí, había llegado un muchacho a caballo con deseos de bailar, acompañado de su compadre. Toda la tarde se divertieron en el fandango hasta muy entrada la noche. El compadre, que era un hombre maduro, le dijo al muchacho:

—Vámonos compa, ya es media noche tenemos que andar un tramo largo. Yo me quedo aquí cerca, pero tú te vas más lejos.

De mala gana el muchacho hizo caso a su mayor. Se montaron en el caballo y se alejaron, dejando atrás el fandango. En el camino se pusieron a platicar, así entre plática y plática avanzaban en la oscuridad de la noche. No sintieron cuando se les emparejó otro jinete que les dijo:

—Hey amigos ¿tan temprano se recogen? ¡Vengan, vamos a divertirnos!

—No mi amigo, ya vamos a rumbo –contestó el compadre.

—El mejor fandango está acá arriba vengan un rato, aun es temprano.

Pero el muchacho, que le picaban los pies por bailar, no lo pensó dos veces. Se bajó del caballo, donde iba con su compadre y se subió en ancas con el extraño. El compadre no dijo nada y en silencio se fue a su casa, mientras el caballo del extraño se echó andar.

El muchacho perdió la idea del tiempo. Tal parece que se quedó dormido. No supo como llegó ni qué tiempo tenía de haber llegado. Cuando reaccionó estaba parado al pie de la cueva de la Laguna Encantada, completamente solo y a plena luz del día.





LA JARANA Y EL CASCABEL

Relato de Tío Juanito Polito Baxin a la edad de 86 años

Hace muchos años, cuando era muchacho y andaba aprendiendo a tocar, me gustaba tocar una jaranita.

Trabajaba en una tienda grande allá por el rancho. Por ahí pasaba la gente de Cerro Amarillo de abajo, La joya, Ohuilapan y Texalpan. A veces se detenían a tomar un trago de aguardiente o a comprar cuerdas, que en ese tiempo eran de tripas. Cuando cambiaban las cuerdas se ponían a tocar. Entonces yo abusado trataba de pepenar los tonos.

Entonces tenía yo como doce años y ahí escuchaba a los ancianitos decir que con un cascabel de culebra se escuchaba más fuerte y más bonita la música. Un día quise probar y me conseguí un cascabelito. Con cuidado le amarré un cordelito. Con un trocito de cera de abeja fijaba el cascabelito debajo de la tapa de mi jarana. Así me ponía a tocar. Me daba gusto tocar esa Jarana porque su voz era clarita y fuerte.

Siempre que me invitaban a algún lugar, le colocaba el cascabelito a mi jarana y me iba a tocar. Cuando sonaba mi jarana, la gente se quedaba escuchando con gusto. Algunos músicos me envidiaban por mi jarana. En cada fandango me salían compradores, pero siempre les decía que no la vendía.

Después empecé a tocar la guitarra de son y abandoné un poco mi jaranita; ahí la tenía guindada en mi casita de varitas de allá del rancho.

Un buen día nos invitaron a tocar a Catemaco. Salimos desde temprano porque en ese tiempo se caminaba para llegar. Por la tarde nos pusimos a tocar, junto con unos músicos de Catemaco. En la tarima bailaban mujeres grandes y hombres maduros. Cuando ya estábamos agarrados en la música, llegó un señor y se pegó a nosotros. Nada más se le quedaba viendo a mi jarana.

Cuando terminamos de tocar, el señor, que no se había ido se acercó a mí y se ofreció a comprar mi jarana.

Entonces, como yo ya tocaba la guitarra, que me decido a venderla. Pero cuando ya estábamos en trato, el señor que también era un mañoso, le metió los dedos a la boca de la jarana desprendió la cera y saco el cascabelito y ahí terminó el trato.

LA SOMBRA DEL BERENJENAL

Relato de Don Gregorio Baxin Xolio a la edad de 95 años

Cierto día en que se organizaba un fandango en Ocelota, me dispuse a asistir. Con varios amigos quedamos de vernos allá para divertirnos. En ese tiempo era la única manera de divertirse los jóvenes, no se escuchaba otra música más que la de jaranas.

Al caer la noche me eché a caminar con la ayuda de la luna. Me encaminé por un callejón largo y reducido formado por árboles de mulato. Con la ayuda de nuestro Padre Creador seguí caminando, pensando en el fandango y la divertida que me daría en la fiesta. Al llegar por una zanja por donde pasaba un arroyo, escuché que detrás de mí algo venía. Me detuve y volteeé hacia atrás para ver qué era y sólo sentí que pasó un viento fuerte que azotaba a todo el berenjenal.

Era algo que zumbaba y movía todas las plantas y árboles a su paso. Como avanzaba por la vereda por donde tenía que caminar, me armé de valor y me puse a caminar detrás de ese ruidoso viento.

Cuando yo caminaba el viento se quedaba quieto y armaba un remolino que me impedía caminar. Cuando me quedaba quieto, entonces avanzaba azotando la acahualera y los árboles a su paso, como si fuera un animal muy grande, pero no había nada. Así estuve un buen rato, lleno de miedo, sin poder regresar por el mismo temor y sin poder avanzar mucho.

Al llegar a una ceiba gruesa, que servía a la vez de persogadero, pude ver cómo el viento la movió violentamente, haciendo un tremendo remolino. Al no ver a nadie me eché a correr hasta que llegué a la casa donde se organizaba el fandango. Le conté al dueño lo que me había sucedido, me dio un vaso de aguardiente y me dijo:

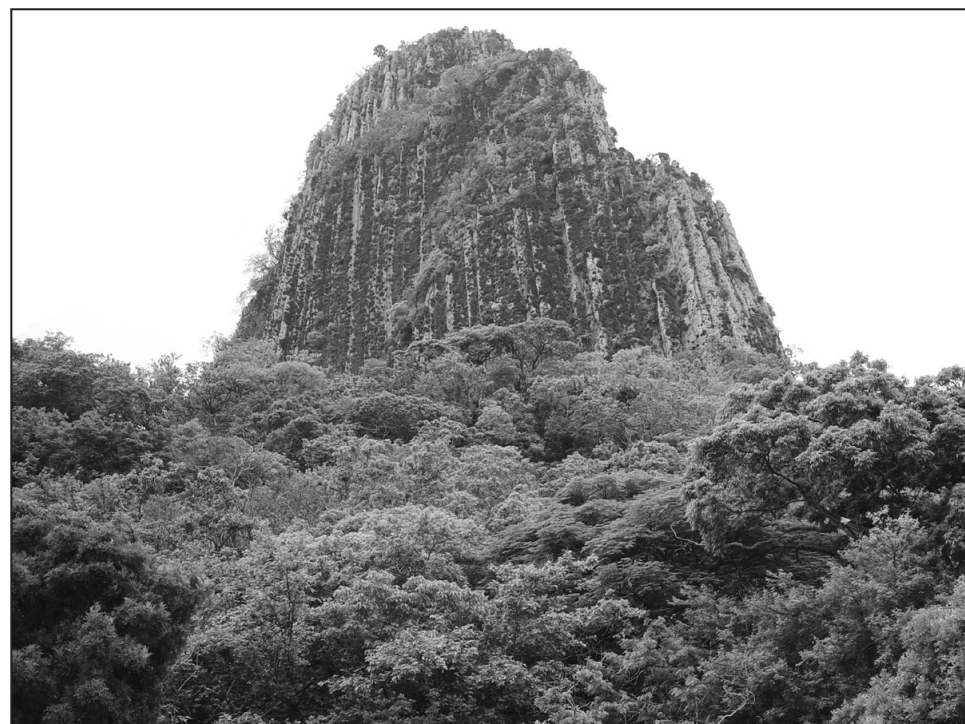
—Es el amigo que anda suelto, hay que andar con cuidado. No tengas miedo, ven a la tarima y ráscale bonito.

Así amanecí hasta las cinco de la mañana, cuando terminó el fandango.





Alfonso Chima, legendario guitarrero del área de San Andrés, imagen del archivo, Casa de la Cultura



Cementerio prehispánico de Quiahuastlán

EL CERRO DEL ENCANTO

Relato de Alfonso Chima a los 70 años de edad

¡No hermanito! La jarana y la mujer no se prestan ni se tratan mal, porque las dos nos divierten y a las dos las queremos con la gracia de Dios.

Cuando era chamaco, se hacían muchos fandangos en el rancho y ahí llegaban músicos de Caravaca, Ixbiapan, Calería y a veces hasta de Comoapan. En ese tiempo no tocaba pero me gustaba ir al fandango. Cuando me hice más varoncito, me entró la diversión, me conseguí una segundita con la que aprendí a tocar.

¡Cómo sonaba mi jarana! Era ladina, con una voz que decía clarito lo que se tocaba, por eso la quería mucho. Cuando terminaba de tocar la destemplaba y la limpiaba con aceite. Luego la guardaba en una costalilla de manta para que no se rayara la pintura del barnizado.

En una ocasión me fui a un fandango a Calería. Había muchos músicos, la fiesta estaba animada. Como me había templado por el camino, cuando llegué me puse a tocar uno y otro son, no se descansaba. Jaranero que se sentía cansado salía a descansar, pero el fandango seguía con los músicos que se quedaban tocando. En eso estaba cuando se me acercó un jovencito bien parecido. Creo que era "de razón" porque andaba bien vestido. Se quedaba viendo cómo tocaba yo. Parecía que le gustaba cómo sonaba mi instrumento porque se le quedaba viendo pensativo. En una de esas que termina un son, salgo para descansar un rato y me dice:

—Señor ¿me presta un ratito su instrumento?

Entonces se lo templé bien y se lo di para que se divirtiera. Yo me fui a sentar en un tronco a comer unos tamalitos. Desde ahí escuchaba la música y distinguía mi instrumento entre todos.

Después de un rato me di cuenta que el sonido de mi jarana se iba escuchando menos. Luego, luego me empecé a preocupar. Me levanté y fui a donde estaban tocando y... ¿Qué crees hermanito? El cristiano al que le di mi jarana ya no estaba, pero la música se seguía escuchando a lo lejos y me dije:

—¡Este maldecido me está robando mi instrumento! ¡Y se la lleva tocando el descarado!

Entonces le dije a dos amigos:

EL ENCANTO DE COXOLE

Relato anónimo

—¡Acompáñenme, vamos tras ese desgraciado que se llevó mi jarana!

Corrimos por el rumbo de donde se escuchaba la música. Después de algunos minutos escuchamos más fuerte la música y decíamos:

—¡Ya lo vamos alcanzando!

Así pasamos el río y agarramos camino rumbo a Matacapán. De repente escuchamos la música fuerte, fuerte, pero no distinguíamos de donde venía el sonido, pues se escuchaba en todos los sentidos. Buscábamos y no dábamos por donde seguir. De pronto se quedó todo en silencio. En ese mismo instante vimos la jarana sobre una piedra. Ahí mismito al pie de Cerro del gallo. Todo era silencioso. Ni un alma logramos ver, solo nosotros tres que llenos de miedo nos regresamos en silencio. Después comprendimos que en ese cerro habitaba el encanto.

Desde ese día no volví a tocar mi jarana. Aprendí a tocar la guitarra de son y es lo que toco, pero esta sí que no la presto.



En una ocasión, cuando era muchacho y empezaba a bailar el son, escuché como a las nueve de la noche una música tan animada que me dieron ganas de acercarme a ella. Para que no se diera cuenta mi papacito, me levanté de mi cama de varitas sin hacer ruido, agarré mis botines y con mucho cuidado salí. Antes uno se acostaba temprano porque no teníamos luz eléctrica, solo había candiles.

Mi casita era de palma y pencas como todas las que habían en el rancho. Sólo que la mía estaba aislada del rancho, en medio del monte, cerca del Cerro de Coxole.

Esa noche, después de haber salido sin hacer ruido, me puse a caminar con los botines bajo el brazo por una vereda rumbo a Ohuilapan, que estaba como a quince minutos de camino de mi casa. Al llegar a un arroyo me senté en una piedra para lavarme los pies y ponerme los botines. En eso estaba cuando volví a escuchar la música muy clarita y muy animada. Se escuchaba fuerte el repiqueteo de la tarima, sólo que se escuchaba en sentido contrario adonde la había escuchado por primera vez. Pensé que el aire se había llevado el sonido y no le di importancia.

Ya con los botines puestos me apresuré para llegar al fandango, guiado por el sonido de las jaranas. De pronto hubo un silencio profundo que me obligó a detenerme para no romperlo con mis pisadas. Después de un rato, volví a escuchar el sonido de las jaranas, pero en otro sentido. Entonces me entró un recelo, me puse a observar a mi alrededor y me encontraba prácticamente en el mismo lugar, no había avanzado nada.

Como la música se escuchaba tan animada que decidí continuar caminando, agarré otra vereda y caminé en el sentido de donde venía la música. Caminé y caminé hasta agobiarme. Se me hizo largo el tiempo, quizás horas de camino. Pero al observar nuevamente a mi alrededor para ubicarme, me percaté de que estaba en el mismo lugar, no había avanzado nada. Entonces fue mayor mi miedo al gusto por el fandango y me decidí mejor regresar a mi casa.

Al voltear, pude ver mi casa en un claro del monte. Triste y lleno de temor me puse a caminar rumbo a mi casa. De pronto vuelvo a escuchar la música muy animada. El sonido de la tarima, clarito dejaba oír cada zapateo de los bailadores. La risa y los gritos de los asistentes me hacían ver que la diversión era en grande, sólo que ahora el sonido venía del pie del Cerro de Coxole, ahí mismito donde se encontraba mi casa.

Entonces comprendí que no era cosa buena, que era el encanto y para no ser atrapado por el encanto mejor me quedé a dormir en el monte esa noche.

CUIDADO CON EL TÉ

En cierta ocasión, en una ranchería se organizó un velorio muy concurrido. Desde las cuatro de la mañana se habían ido a traer la virgen a J. Moreno.

Todo era movimiento en el rancho. Algunas mujeres estaban confeccionando el altar con limonarias y flores de papel. Otras guisaban grandes pailas de comida y pinole. En una mesa se preparaba la masa para hacer los tamales. Las mujeres más jóvenes y los músicos habían bajado por la imagen, acompañados de las cantadoras.

Después de varias horas de camino se escucharon a lo lejos los cohetes anunciando el acercamiento de la procesión. Dentro de una caja grande de madera iba la virgen. Dicho nicho era cargado a la espalda con mecapale por una persona. Detrás de la imagen las mujeres cantando salmos a toda voz, y detrás de las mujeres unos doce músicos tocando sus jaranas. Al entrar a la ranchería los pobladores se acercaban para tocar la imagen.

Por la tarde dio inicio el fandango, de tal manera que por un lado estaba el altar de la virgen donde rezaban, cantaban salmos y se hacían limpias ante la imagen. En el otro extremo estaba la tarima en donde se congregaban los músicos, bailadores y cantadores. Se desgranaban los versos en el fandango. Las mujeres bailaban de un lado a otro arriba de la tarima. Algunos cantadores tomaban sus traguitos de aguardiente, otros mascaban pedacitos de canela para no perder la claridad de la voz.

Al caer la noche se sintió frío y para calentar el cuerpo se repartía a los asistentes vasos de café y té con té, que era una combinación de té de canela con té de patololote y su chorrito de alcohol.

Cuando empezó a caer la madrugada con su humedad y su frío, los instrumentos subieron de tono. Los cantadores ya afinados cantaban como calandrias. La fiesta seguía y la tarima no daba cabida a tantos bailadores. Los músicos no descansaban y los cantadores soltaban versos tras versos.

En un momento inesperado, apareció un señor con un posillo en la mano lleno de té con té y se lo ofreció a un compañero que cantaba muy bonito. Era el mejor de los cantadores.

El cantador agarró el ofrecimiento, tomó un trago, tomó otro y al tercero se le trabó el trago en la garganta. No podía tragarlo ni sacarlo, abría los ojos muy grandes, se pegaba en el pecho pero no podía tragar o sacar el buche de "té con té." Se empezó a poner morado y nadie hacía nada todos nada más veían. Entonces se metió los dedos en la garganta hasta que tosió y sacó el té con un pedazo de sangre.



“...los cantadores ya afinados cantaban como calandrias...”

El cantador había salvado la vida pero se destrozó la garganta con los dedos. Desde ese día dejó de cantar y asistir a los fandangos. La persona que le ofreció el té había desaparecido después de haberle hecho el mal.



Juan Pólito Baxin, tío Juanito, guitarra de son, acompañado de Andrés Moreno Nájera, jarana tercerola

ME ENCANTARON LOS CHANEQUES

Relato de Florentino Ambros Xolio

En una ocasión, entrada la Semana Santa, al caer la tarde escuché una música muy buena, entonces le dije a un amigo:

—Vamos a Miltepec que hay fiesta.

Como no hay fiestas muy seguido por los ranchos, ni adonde divertirse, mi amigo no lo pensó dos veces y nos pusimos en camino. Él con su jarana y yo con mi guitarra nos fuimos tocando en el camino por los rieles del tren para llegar a Miltepec. Conforme nos acercábamos se escuchaba la música más clarita. Al llegar a Puente Negro la música dejó de escucharse, sólo el canto de los grillos se oía. Esperamos un tiempo y al no oír nada pensamos en regresar.

Habíamos emprendido el regreso cuando volvimos a escuchar las jaranas. Dimos media vuelta y nos regresamos para buscar la fiesta pero al llegar nuevamente a Puente Negro se volvió a perder la música. Un silencio total dominó el ambiente. Nos entró temor y decidimos regresarnos.

Llevábamos caminado unas doscientas varas cuando volvimos a escuchar las jaranas y el sonido de la tarima al golpe de los tacones. Como éramos viciosos por la música, titubeamos un rato pero al final decidimos buscar el fandango. Al llegar nuevamente a Puente Negro se volvió a quedar todo en silencio. Llenos de temor esperamos un ratito antes de regresar a nuestras casas, pero de pronto vimos que el sol empezó a salir. Mi compañero asombrado me dijo:

—¡Ya está amaneciendo, Florentino!

A lo que yo le contesté:

—No puede ser, aún es de noche, tenemos como tres horas que salimos del rancho.

—No Florentino, ya es de día mira el sol, ya está subiendo.

Sin querer perdimos el tiempo. Pasaron horas y nosotros creíamos que eran minutos. Los chaneques de puente negro nos habían encantado.



EL MATA GATOS Relato Anónimo

En mis tiempos había mucha diversión. Por todos lados se organizaban fandangos. Los hombres se preocupaban en tocar, bailar o cantar porque era la forma de divertirse. La música de jarana era lo que dominaba en ese tiempo.

Cerca del mercado se encontraba la Casa del Fandango. Una galera de zacate colorado que estaba construída donde hoy está la estatua de Juárez. En ese sitio se realizaba el Fandango Real, ahí no tocaba cualquiera, como tampoco cualquiera se subía a la tarima. Cuando un cantador de rancho se acercaba a cantar no faltaba quien le echara esta copla:

Cállate gallo picudo
o te zorrajo un revés
aquí no cantan rancheros
cantan los de San Andrés

Si alguna pareja de bailadores subía a la tarima a bailar, nadie los remudaba ahí los dejaban a que se cansaran. La gente que bajaba de los ranchos se divertía en los fandangos de los barrios pero no podía hacerlo en el Fandango Real.

Los jaraneros utilizaban en ese tiempo cuerdas de tripas, las cuales no aguantaban mucho tiempo. Después de tres o cuatro fandangos había que cambiarlas. Los músicos previniéndose a perder cuerdas, cargaban siempre sus cuerdas de repuesto. Este tipo de cuerdas las traían de fuera. Algunos músicos para ahorrarse medio tlaco, que era lo que constaba cada cuerda decidían fabricarlas con las tripas de leche de las reses.

Entre los músicos de ese tiempo, habían unos que traían cuerdas especiales, eran más delgadas y aguantaban más, además de dar un sonido más fino. Nunca querían decir donde las compraban. También estaban echas de tripa.

Sucedió que un día surgieron muchos ratones, pero los gatos eran escasos en las casas. Muchos habían desaparecido y nadie sabía cómo. Ocho gatos se habían perdido del barrio, y nadie sabía por dónde andaban. Pasaron los días y los gatos no aparecían por ningún lado. Después de varios meses, empezaron a perderse nuevamente los gatos. Primero fue uno blanco, después uno amarillo, por lo que las familias se preocuparon en cuidar sus animalitos.



Juan Mixtega Baxin y Andrés Moreno Nájera, imagen del archivo, Casa de la Cultura

Una noche se escuchó un golpe fuerte y el maullido de dolor de un gato. Al asomarme vi en la oscuridad a un hombre con un tirador en la mano, recogiendo a un gato en la calle. Salí con cuidado para no ser visto y me dispuse a seguir a la persona. Era la casa del músico de cuerdas finas. Me asomé por una rendija y pude ver que bajo la luz de un candil, el hombre estaba abriendo el gato y le sacaba las tripas. Me quedé observando y vi como lavaba bien las tripas del gato, después las raspó con cuidado, les echó sal y las amarró con un cordelito de una viga. Por un lado y por el otro les amarró una piedra para que se estiraran.

Ahí comprendí que ese cristiano mataba los gatos para hacer cuerdas de sus tripas.

MI FIESTECITA A LA SANTÍSIMA CRUZ

Don Macedonio Gómez era un viejecito de unos 90 años, de la comunidad de los Mérida, del Municipio de San Andrés Tuxtla, Veracruz. Era un hombre de baja estatura que nació con la desafortuna de tener los brazos muy cortos. Apenas le llegaban las manos a la cintura, por eso nunca tocó jarana. También nació con los dedos de los pies como si fueran bolitas de carne viradas hacia arriba, lo que le hacía caminar con torpeza y lo imposibilitaba para usar zapatos y bailar un son.

Mas, sin embargo, la naturaleza lo dotó de una voz extraordinaria y una memoria privilegiada para aprender cientos de coplas. La voz de tío Mache Gómez aunada a la cantidad de versos que conocía y su entusiasmo por el son, lo convirtieron en un personaje indispensable en los fandangos de la Región de Los Tuxtlas. En una ocasión narró parte de su andar por el camino del son:

—Nunca aprendí a tocar ni a bailar por el problema de mis brazos y mis pies. Pero siempre me gustó cantar.

Me gustaba agarrarme con los otros cantadores del lugar o de las comunidades vecinas, como fueron Bartolo Muñoz de Ahuacapan y Antonio Anota de Ocelota. Además de aquellos que venían de las tierras bajas. Me sabía muchos versos, pues mi mente estaba fresca. Podía pasarme cantando dos días con sus noches sin repetir versos. A mis rivales, para alertarlos, les cantaba el siguiente verso:

Yo soy un hombre andador
que en la calle real me vivo
usted no es mi confesor
pero la verdad le digo:
para un madrugador
hay otro que no ha dormido

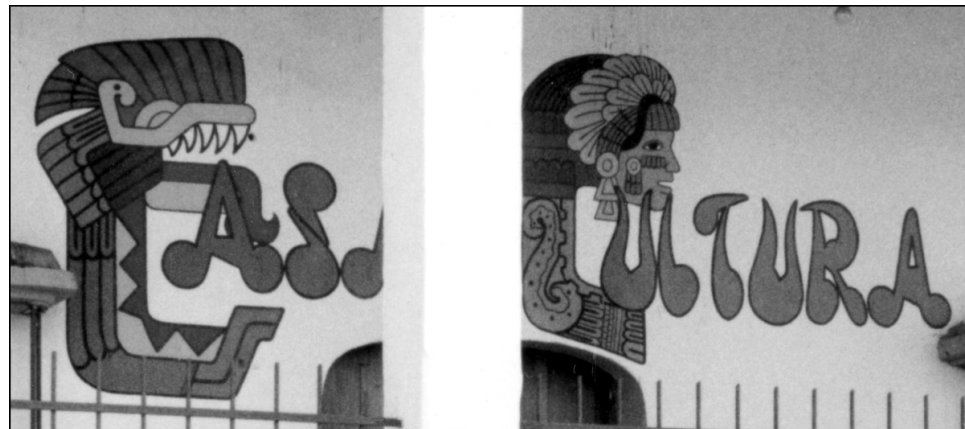
En una ocasión acudimos a un velorio y llegamos muchos músicos y cantadores. El casero había matado una vaca, por lo que había tamales y aguardiente de sobra. Nos persignamos primero ante la virgen antes de entrar a cantar. Luego nos fuimos junto a la tarima para iniciar con la versada. Se pedía permiso y eran versos de entrada:

Licencia pido primero
para empezar a cantar
con permiso caballeros
versos quiero desgranar
si me autoriza el casero
dueño de este solar

Don Macedonio recorrió todas las comunidades de su zona cantando en los fandangos y velorios. En sus últimos años de vida, cuando subía a San Andrés pasaba por la Casa de Cultura a saludarnos o a platicar. Un día del mes de abril que vino a la ciudad a comprar, pasó como de costumbre a platicar y me dijo entre otras cosas:

—Ya voy a dejar la cantada, me siento cansado y enfermo. Me cuesta trabajo andar de noche, pero quiero cantar por última vez el Tres de Mayo. Deseo hacer una fiestecita a la Santísima Cruz por lo que te vengo a invitar para que me acompañes.

Pasaron los días, llegó mayo y el día tres de mayo de 1999 día de la Santa Cruz. Se despidió tío Mache Gómez del son para siempre. Ese día murió.



Casa de la Cultura, San Andrés, Tuxtla

UN VERSO DE DESPEDIDA

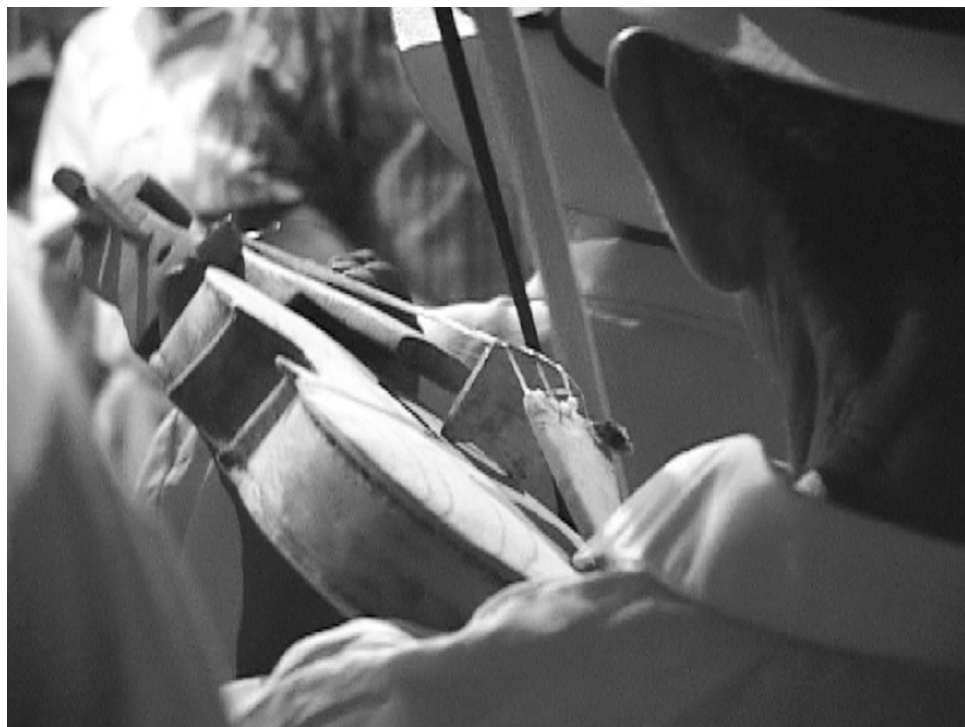
El Pelón Riveroll era un señor alto y moreno, de unos cuarenta y cinco años de edad. Su nombre no lo supe. Era jaranero y a veces coincidíamos en los velorios de la localidad, de esta manera nació una amistad que hacía que de cuando en cuando se acercara a la Casa de Cultura, por las tardes, para tocar un rato y echar algunos versos.

Un día como cualquier otro, pasó a Casa de Cultura, después de haber comprado en el mercado. Agarró una jarana y se puso a tocar con los muchachos, que tenían rato de estar tocando. Se tocaron y cantaron varios sones. La noche había llegado y era hora de retirarse, todos pusieron los instrumentos en su lugar, haciendo lo mismo el Pelón Riveroll.

A los pocos minutos de haber salido, regresó el Pelón Riveroll, se paró frente a Guille, que era la secretaria y le dijo la siguiente décima:

Concha nácar en botón
principio del carey
que nos guarde nuestro Rey
que regrese a mi cantón
será la última ocasión
que yo te vuelva a ver
guárdate como mujer,
adiós mi vida preciosa
adiós mi botón de rosa
causa de mi padecer

Esa fue la última vez que Pelón Riveroll tocó y cantó con nosotros la muerte lo alcanzó el día después.



EL VIOLÍN DE DON MODESTO

Don Modesto era un viejecito delgado como pluma. Siempre gustaba ir a los velorios y acompañar el acarreo de la virgen aunque casi nunca terminaba un son ni amanecía. Por esa razón los demás músicos de los fandangos lo criticaban. Pero, es que nadie sabía por qué don Modesto actuaba así.

Cuenta que cuando era niño se tocaba mucho el violín en los fandangos, al que los viejitos le decían yigui-yigui. Nunca faltaba un violinero entre un grupo de jaraneros. Cuando no lo había los músicos estaban inquietos. Era costumbre entre los músicos que cuando asistían a un velorio lo hacían por gusto, no lo hacían obligados. En ese tiempo no se ganaba nada y se tocaba toda la noche hasta el amanecer. Cuando se llegaba a un velorio, lo primero que se hacía era limpiarse y limpiar el instrumento con una reliquia de la imagen de la virgen y luego congregarse a la tarima para el fandango.

Pero un día en que hubo un mal tiempo, no se podía salir en procesión con la virgen, así que todos esperaron largo tiempo a que se apasiguara la lluvia. En una escampada salieron presurosos con la imagen por delante. Junto a ella iban los

coheteros, detrás de ella los sahumeros y las cantadoras. Después de las cantadoras iban los músicos con sus jaranas cubiertas, temerosos a que se les mojaran. Así caminaron cerca de doce kilómetros para llegar al pueblo.

Una vez que llegaron a su destino, el casero no atendió a los acompañantes los cuales se retiraron a sus casas con cierto disgusto. Por la noche regresaron los músicos y la gente pero los jaraneros no se acercaron al altar. Como fueron llegando se fueron congregando en la tarima donde había iniciado el fandango. Un viejecito que traía un violincito muy viejo, al ver el desprecio que le habían hecho a la imagen, se acercó al altar, se limpió con una ramita de albahaca y limpió su violín. Y se sentó lejos del fandango y desde ahí observaba la fiesta.

Entre los músicos del fandango, había un violinero que nadie sabía de qué rumbo había venido pero estaba tocando ahí junto a la tarima. Al principio las cuerdas del violín chirriaban penetrando el sonido en lo más profundo del oído. Las bailadoras se tapaban los oídos pero los demás músicos no escuchaban el sonido del violín. Los bailadores no querían subir a la tarima y se fueron alejando poco a poco del fandango, por no soportar el ruido del violín. Pero los jaraneros no lo escuchaban y seguían tocando. Tocarón el mismo son por mucho tiempo sin descansar. Algunos músicos comenzaron a sangrar de los dedos. Los bailadores aburridos al principio y con miedo después se alejaron de la tarima.

Quedaron únicamente los músicos tocando; los instrumentos salpicados de sangre seguían sonando con el golpe de los dedos de la mano. El hombre del violín los había encantado. Ellos no se daban cuenta, ni sentían dolor de los dedos, ni escuchaban el horrible sonido del violín.

Pero el viejecito que había estado observando desde lejos los hechos, cuando lo consideró prudente, se puso de pie, afinó su violín y se acercó al grupo tocando su instrumento.

Así entre los violineros surgió una especie de combate. Era como si los violines hablaran. Uno con una voz horrible y fea y otro con una voz dulce y suave. Se empezaron a romper las crines del arco al pasar con fuerza de un lado a otro del violín. La gente llena de temor, desde lejos observaba a los músicos en silencio. Cuando pasó un remolino, el hombre del violín había desaparecido. Sólo había quedado el viejecito con su violín frente a los músicos.

Los jaraneros, entonces, reaccionaron, se vieron las manos, sin explicarse lo que había pasado. Ahí terminó el fandango comprendido que no tenían que hacerle desprecio a la virgen.



POR QUE NO BAILA EL HOMBRE

En los tiempos de antes, nadie usaba zapatos, todos andaban con huaraches o descalzos. A la persona que le gustaba la diversión juntaba sus centavos para mandarse hacer sus botines, utilizándolos sólo para bailar en los fandangos.

Por ese tiempo vivía un hombre que era muy vicioso para los fandangos. Todos los sábados se le veía por los fandangos con sus botines lustrados. Desde que llegaba a un fandango se encaramaba en la tarima y no había quien lo bajara. Si alguien subía a la tarima, no bien terminaba el verso cuando ya lo estaba bajando.

Este hombre era el que estaba más tiempo sobre la tarima en los fandangos. El hombre repiqueteaba bien los sones con fuerza y asentaditos. El problema era que no dejaba bailar a los demás bailadores, creando descontento en cada fandango.

En una ocasión se desarrollaba un fandango en una noche pesada, de esas donde se siente en el ambiente la presencia del amigo. El cielo se oscurecía y se iluminaba por el paso de las nubes bajo la luna. El fandango subía de tono. Diez o doce músicos arremolinados en la tarima. Los versos se desgarraban uno tras otro. Son tras son se fueron escuchando y la tarima repleta de bailadoras.

En una de esas se escuchaba el son de "El Buscapié" y el hombre se sube a la tarima. Estaba dando los primeros repiqueteos, cuando sopló un aire suave que agradó a todos los presentes. El son siguió sonando pero sólo las mujeres se remudaban. El hombre seguía sobre la tarima. El resto de los bailadores sólo veían, querían subir para remudarlo pero había una fuerza extraña que los detenía.

De pronto el bailarín cayó con un fuerte dolor en las piernas, todos reaccionaron. Se había roto el encanto pero el bailarín se había roto los ligamentos de las piernas.

Nunca volvió a bailar ni se acercó a los fandangos.



“...El hombre repiqueteaba bien los sones con fuerza y asentaditos...”



GLOSARIO

Acahualera: Matorral bajo y espinoso.

Chaneque: Especie de deidad mitológica entre los Náhuatl; el dueño de los arroyos, de las aguas que en la región son vistos también como los creadores del encanto. El Chaneque hace travesuras a los niños.

Chinalteco: De la Chinaltla, una etnia de Oaxaca. Es una de las afinaciones de las jaranas. Empezando de la primera a la quinta cuerda de la jarana, esta afinación es como sigue: Do, Mi, La, Sol la quinta no se toca en este caso, mientras que la afinación tradicional es: Sol, La, Mi, Do, Sol. Esta y las otras afinaciones mencionadas fueron tomadas del folleto de afinaciones publicado por el grupo Río Crecido de Santiago Tuxtla.

Galear: A veces en los fandangos un hombre coloca su sombrero en alguna bailadora que le gusta o le gusta cómo baila. Después del baile ella devuelve el sombrero y él está obligado a invitarle un refresco.

Guindar: Colgar.

Limonaria: Tipo de árbol con fragancia de limón.

Mecapale: Yute utilizado para amarrar leña.

Media Bandola: Relacionado a la bandola ve nezolana. Empezando de la segunda: Re, La, Sol sin la quinta.

Pailas: Cazo grande de cobre o de lámina para los tamales.

Patololote: Árbol también conocido como pimientón.

Persogadero: Lugar donde persogan, amarran, a los animales.

Pinole: Bebida de maíz molido tostado; harina con que se prepara dicha bebida.



Remudar: Dar relevo al bailador o bailadora entre verso y verso.

Requinto: En el sistema de clasificación instrumental del área sanandrescana, el término “requinto” se usa para decir pequeño. Así, “jarana requinto” significa jarana pequeña. Lo que en otras regiones llaman requinto (instrumento punteado con un plectro hecho de hueso) aquí se le llama “guitarra de son”.

Son de a bastante: son de montón o son de mujeres.

Tacualón: Plato de barro burdo, rústico.

Tatabiyiyayo: Comida ritual proveniente del Náhuatl: *Tatabit* y *yayo*. Caldo colorado. Se prepara en ocasiones conmemorativas o rituales como velorios y bodas: hecho con carne de res y masa.

Tenamaste: En Náhuatl, las tres piedras entre las cuales se hace el fuego para cocinar y sobre las cuales se coloca el comal, la olla.

Terral: En el diccionario Larouse dice brisa de tierra. Pero en el habla local se usa como niebla, neblina.

Tlaco: La cuarta parte de un molde de piloncillo; cuarta parte de un níquel.

Vara: Unidad de medida castellana equivalente a .8356 m.

Variación Obligado: Sol, Si, Sol, Re, La.

Versos de entrada, de relación y de argumentar: Los de entrada, cuando el cantador pide permiso para iniciar el canto. De relación cuando los cantadores relacionan los versos por tema. Los de argumentar son cuando el cantador hace preguntas y el otro responde, sin dejar pasar la música.

Yobaltabantl: Vocablo para designar al diablo, Tavelilo en mexicano. Los Yobaltabantl hacen travesuras a los adultos, a la gente mayor. Tanto Chaneque como Yobaltabantl son figuras que tienen una función educativa.

Antonio Serrano Mixtega, guitarra de son

Nasario Santos, guitarra de son

BIBLIOGRAFÍA SOBRE SAN ANDRÉS

Bustamante Rábago, Fernando (compilador). Recopilación poética de Santiago Tuxtla, San Andrés Tuxtla y Catemaco, Ver. México, D.F.: SEP, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1981.

Fernández, Angel José. Lobillo, Jorge Lira de San Andrés y de Los Tuxtlas. Veracruz, Veracruz, México: Instituto Veracruzano de Cultura, 1995.

Muñoz, Mario (ed.). Cuentistas de San Andrés Tuxtla. Veracruz, Veracruz, México: Instituto Veracruzano de Cultura, 1995.

Olavarrieta Marengo, Marcela. Magia en los Tuxtlas, Veracruz. México, D.F.: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes: Instituto Nacional Indigenista, 1989.

Pasquel, Leonardo. Historia de San Andrés Tuxtla, 1532-1950. México, D.F. Editorial Citlaltépetl.

Rivas Castellanos, Eneas (ed.). Antología Poética de los Tuxtlas [Xalapa, Veracruz, México]: Instituto Veracruzano de Cultura, 1993.

Starr, Elizabeth. Field Notes on San Andrés Tuxtla. Chicago: University of Chicago Library, 1950.

SON JAROCHO

Loza, Steven. From Veracruz to Los Angeles: The reinterpretation of the Son Jarocho Latin American Music Review/Revista de Musica Latinoamericana, vol. 13, no.2, fall-winter 1992. p. 179-194.

Loza, Stephen. Origins, form, and development of the son jarocho: Veracruz, Mexico. Aztlan, USA Vol. XIII/1-2 (spring-fall 1982) 257-74.

Sheehy, Daniel Edward. The Son Jarocho: The History, Style, and Repertory of a Changing Mexican Musical Tradition. PhD diss.:U. of California, Los Angeles, 1979) 401 p.

Sheehy, Daniel Edward. Speech Deviations as One of the Determinants of Style in the Son Jarocho of Veracruz, Mexico. (MA diss., Music: U. of California, Los Angeles, 1974).

Vázquez Domínguez, Rubén. El Son Jarocho: Sus Instrumentos y Sus Versos. Xalapa, Ver., México: Universidad Veracruzana, Dirección Editorial, 1991.







PREY TO ENCHANTMENT

Chronicles of Song and Fandango

Andrés B. Moreno Nájera

Edited and Translated: Eduardo García Acosta
Photographs, Video, and Design: Deborah Small
DVD Audio Recording Engineer: Luis Reyes

2005



DEDICATION

To the memory of the musicians and dancers who made possible the golden age of song and dance in San Andrés Tuxtla, Veracruz.

Elvia Castellanos, dancer from San Andres



ACKNOWLEDGEMENTS

To all the campesinos who contributed their ideas and made this work possible. To all interested persons who in one way or another gave their support.

—Andrés Moreno Nájera

The generosity of the following people made this project possible: the group “Cultivadores del Son,” Meryrl Goldberg and California State University San Marcos, The Fulbright-Hays Foundation, Center ARTES, Stephanie Jed, Luis Lavalles, Elvia Castellanos, Eduardo Parra, Chad Huggins, Albert Rascón, Eduardo, Rosa, and Ana Azamar, Ana Zarina Palafox, Andrés Barahona Londoño, Kim Emerson, Mindy Donner, Lara Shumer, and Lydia Vogt. Thanks to CSUSM for Travel and Faculty Development Grants.

—Eduardo García Acosta, Deborah Small, Luis Reyes



Mural by Kim Emerson with the children of the San Andrés orphanage, installation at Casa de la Cultura, 2002

TABLE OF CONTENTS

Presentation	90
Introduction	95
The Pick that Saved My Life	97
Egoism Attracts Evil	100
A Sacred Day	102
The Chaneques from the Streams of Pueblo Nuevo	105
Charmed on a Wedding	106
Rosita the Fandango Lover	110
The Jarana is a Bad Vice	113
Curly's Jarana	116
The Dancer from Abata	118
Tale from Mayiya	121
The Jarana that Lost Its Voice	122
The Dead Men Who Came Back to Play	126
Fiesta On the Hill	127
The Ceiba Tree from Pachuapan	129
The Friend	130
The Jarana and the Rattle	133
The Shadow on the Eggplant Field	135
The Hill of Magic	136
Magic in Coxole	138
Careful with the Tea	141
The Chaneques Put a Magic Spell on Us	143
Cat Killer	144
My Little Fiesta for the Holy Cross	146
Farewell Verse	149
Don Modesto's Violin	151
Why the Man Does Not Dance	153
Glossary	154

PRESENTATION

When Andres Moreno Najera showed me the stories printed here he told me: “for them—the narrators—these stories are real even though for us they are not.” That is exactly what Italo Calvino concluded in his collection of Italian folktales *Fiabe italiane* after classifying, analyzing and studying hundreds of folktales: the stories are real.

These stories tell us about the good of sharing music, dance, the tarima (stage), and food, that is, of living in community. At the same time we find a moral that both helps us understand why people like these fandangos and at the same time see them as a vice “...the jarana is bad vice, boy...” which consequences can be severe (“The jarana is a bad vice,” “Tale from Mayiya,” “Curly’s jarana,” “Fiesta on a hill”) so that, for example, after a scare or being lost in the woods, the protagonist decides “not to ever attend a fandango.”

We also find the themes and ethic that guide a community: son and fandango are goods to be shared and not to be denied anyone or run the risk of attracting evil (“Egoism attracts evil”). When son and fandango are shared the individual grows, as does the community through the inclusion of others.

The instruments are, in this collection of stories, the point of focus where the good of sharing the music and the evil of envy, egoism and individualism battle to win the will of the community and the individual (“The pick that saved my life,” “Egoism attracts evil”); the way to individual salvation passes through the salvation of others and therefore, of the community. And music, son and fandango, is the portal through which mythological beings come in and out, allowing the community to converse with itself.

One such mythological being is Yobaltabant. He appears sometimes to teach a lesson or play tricks on adults (“Curly’s jarana,” “Dancer from Abata,” “The jarana that lost its voice,” “Fiesta on a hill,” “Ceiba from Pachuapan,” “The friend,” “Don Modesto’s violin,” “Why the man does not dance”). Yobaltabant can change people: make people drink if they don’t; make them sober up if they’re drunkards; strip them of everything if their ambition blinds them and affects others; scare whoever hogs the tarima or the fandango (“Why the man does not dance”).

Chaneques likewise, play an integral role in the region’s lore (“Hill of magic,” “Magic in Coxole”). Generally Chaneques (“The Chaneques put a spell on us,” “Chaneque from Pueblo Nuevo Streams”) are in charge of teaching the fandango lover who “...when there were no fandangos felt like a caged animal... paced back



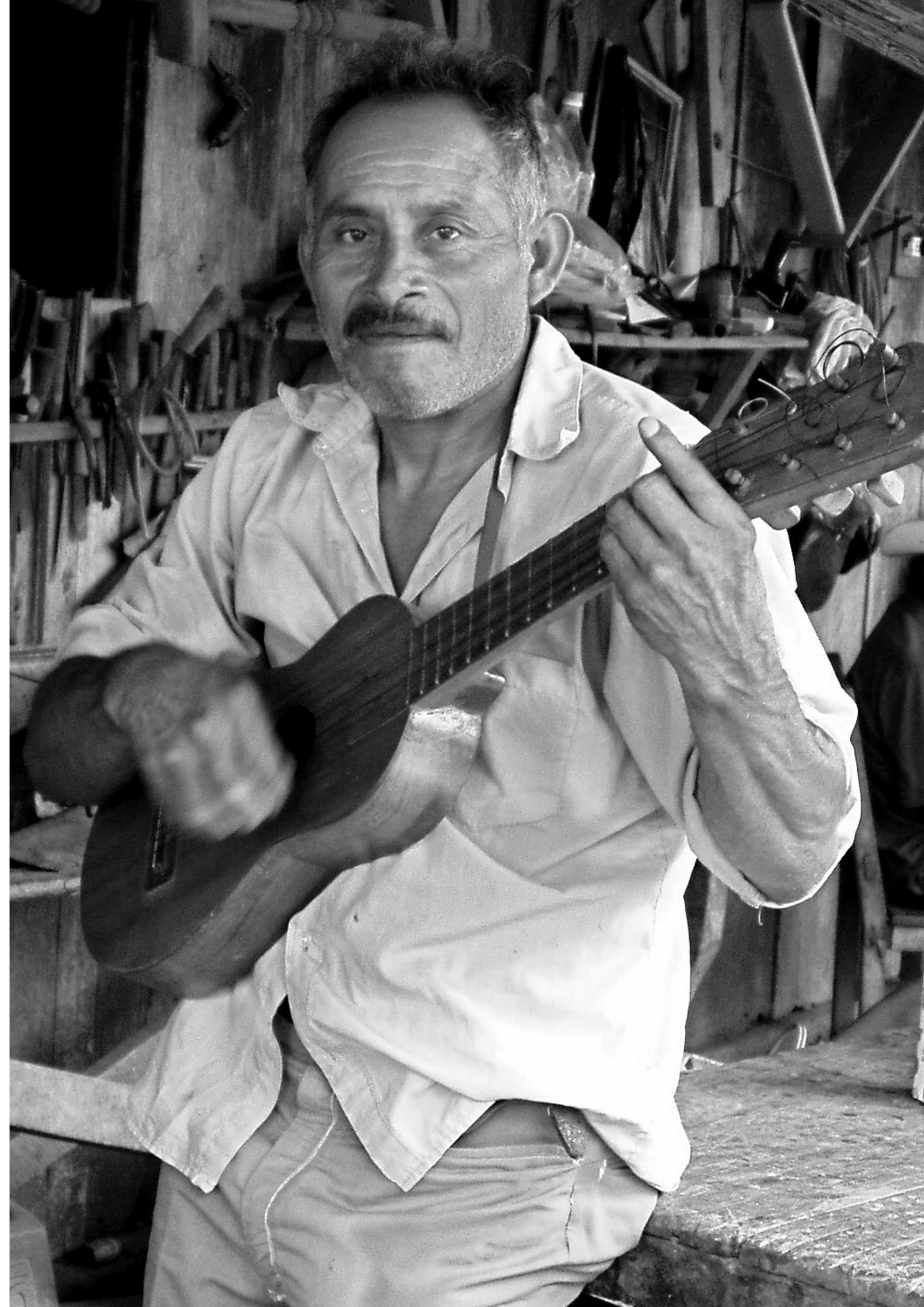
and forth...” Other times we see how Chaneques are the perpetrators of enchantment and act as counterweight so people “...[stop] staying all night at a fandango” and save their energy for other activities. Recently I learned the story of an old man whose father would not teach him how to play the jarana before teaching him how to till the land: self-sufficiency comes first. However, we know that the way of making something more interesting is, precisely, by prohibiting it.

These chronicles allow us also to catch a glimpse of the customs, the cuisine and the juxtaposition, for example, of the religious (the altar) and the secular (the tarima), the spiritual (psalms sung during a wake) and the corporeal (food, dance and song) in stories such as “Careful with the tea.” During a velorio (wake; backdrop of this story) the latter two worlds coexist in a surprising balance: religious songs are heard at the same time as sones, neither being disturbed by the other.

There are as many descriptions and definitions of son and fandango as people who practice them. But, we can say son is the popular musical form whereby people in this region of Veracruz express themselves. Fandango is then the context in which the son is sung and danced.

The instrumentation can vary from region to region. In San Andres Tuxtla jaranas of different sizes are used in order to produce the range of sounds accomplished by the use of a harp in other regions. Thus, a larger number of people are included in the instrumental section. Guitarras de son are also used which are known as requintos in other regions. The violin (less and less present) and the tarima complete the instrumentation. In San Andres, music is played more slowly, allowing singers and dancers expression at will.

Andres B. Moreno Najera is a middle school teacher who has dedicated his life to “teach, teach, teach” and his love for his culture has turned him into a true Tlapizcatzin (he who preserves), defender and preserver of the old sones, “as the old musicians play them,” dances and tales from the region. Far from using a specialized language, academic, we present these tales without any stylization, keeping the local flavor of the narrators’ way of speaking.





INTRODUCTION

Old people from before did not allow their children to play jarana. Usually, musicians would start playing after they got married, that is, when they turned into men from being children. Here, age did not matter for one could be a child at thirteen or a man with obligations.

All children wanted to play jarana in order to partake in the fandango, he would learn in secret for he would be severely punished if he got caught.

Mature men had the idea that jarana music was a vice, that it attracted evil and spells. However, they had fun with its music and danced to its rhythms.

The devil always tempted them, testing their courage and their unbreakable faith. For this reason the jarana players stuck images of saints on the peg head or inside the sound hole. Others, liked going to the altar, during a wake, and cleanse their jaranas with flowers to chase the devil away.

They also were accosted by the chaneques and yobaltabant who constantly made them prey to enchantment.

For this reason a violin was always included at a fandango: instrument with which people chased away evil and felt protected. They also made the sign of the cross with their instruments.

—Andrés Moreno Nájera

children from El Blanco

children from San Isidro Texcaltitan



THE PICK THAT SAVED MY LIFE

Told by Don Demetrio Quino Baxin at age 90

One time I went to a fandango during the fiestas of San Antonio, in the town of Comoapan; the festivities were really good and I liked having fun. With my guitar on my shoulder I set to walk on the Camino Real. I did not mind walking, we were used to do it all the time.

Since I arrived early I went to see the bullfights at the rodeo. Time passed and before I knew it, night was falling. So, then, I started walking towards the fandango; in the distance the instruments and the footwork on the tarima could be heard.

On the way I am tuning my guitar and suddenly, zaz! A string pops. Luckily, I always carried an extra one with me, inside my guitar. I sat on a rock and started to change it. The fandango sounded really exciting: the rhythm on the tarima was even, the music well under control. I became impatient for I could not change the string in the dark and I wanted to be there in the fiesta.

When I finally finished I set walking again. When I arrived, there were a lot of musicians. There were jaranas of all sizes and about three guitar players.

The guitarists were standing in front of the tarima. Every beat of the pick made the strings on their instruments jump. They looked calm and one had his eyes closed. Only their hands moved. Pushing through, I got to the front where the guitarreros were, I took a pick out of my pocket and began to play. Almost in front of me there was another guitarrero, with a half guitar, which had on the machine head a red stone that shone with the moonlight. This man used his hat tilted to the side and in between his fingers he held a pick made of white horn. It seemed as if he did not touch the strings but his music sounded loud and beautiful. It looked like his hands did not move but he went up and down the whole guitar fret board. And he used all the strings.

Just then I realized I could not play my guitar; I could not hear the sound of my instrument. My fingers and the pick got all mixed in knots. As I looked up I saw the guy with the tilted hat laughing in a strange smile; I didn't know if he was laughing at me because I could not play or out of his own playing pleasure. I told myself, "my God, what's wrong with me? I know how to play. What's wrong with my hands that do not respond?" I rubbed my hands and my fingers with no result. I looked at the guy with the tilted hat . . . the same smile on his lips. I didn't know what to do, whether to insult him or leave the fandango and go home.

After thinking about it I decided to go home. As I was leaving, I remember I had another pick in my pocket. That pick was cleansed on March first and on it, I had made seven small marks as those of a rattlesnake's tail. I always carried it in my pocket even when I was not playing. So, I put my hand in my pocket and take the pick out, I play a riff, I play another, suddenly I notice I am playing with the others a *siquisirí*. The music sounded really clear, my fingers went up and down the fret board at will. I was happy with the fandango.

Suddenly I remembered the man with the tilted hat; I look up to see him... he wasn't there. He was practically in front of me and I didn't see him leave. Full of curiosity I asked another musician.

—Hey friend, where did the guitarrero with the slanted hat go?

—What man, my friend? There is nobody here with those looks.

—Yes, the one standing before me, the one with the guitar with a red stone on the machine head.

—No, my friend, since you arrived you isolated yourself in that corner. Come near us let's play together.

At that moment I realized this wasn't good. My pick had saved me from evil. I prayed a Hail Mary in silence. I waited for the sun to come out and go back home. I never wanted to tell anyone for fear they might think I was crazy. And that's the reason why I always carry with me my pick even though I am not playing anywhere. One day it saved me from evil and another it saved my life.



EGOISM ATTRACTS EVIL
Told by Don Manuel Pava age 99

On one occasion I got invited to a Velorio to a village near the community of Texalpan and I decided to go.

In the late afternoon I took my jarana down from where it hung, I checked its gut strings, for they would get eaten by roaches, I applied some oil in order to loosen them a little and went on my way. With my jarana on my shoulder I walked all the way to the party to which I was invited. I heard the music in the distance and hurried my pace. When the sones could be clearly heard, I tuned my instrument as I walked.

Little by little I got near a group of musicians, next to the dance floor, the tarima. When I was tuned up I started to play with them. But they did not see me with good eyes; they got to the side when the song ended and tuned again. They came back to play and it was then I realized they had tuned in a different key.

Calmly I started to tune to them. It was in *chinalteco*. I got near and started playing. We played two sones but by the third one, the *guitarra de son* player changed one string and, again they change the tuning. Now they were playing in *media bandola* and my jarana did not fit into their tuning. This time it was harder to tune my instrument. I felt my blood boiling inside of me. To walk so much and not be able to have any fun!

Bothered by this, I came near the musicians and started playing. At the end of the song they changed tuning again, this time *variación obligado*.

Enraged I sat on a tree stump. I realized they did not want me to play. The fandango was at its best and I, sitting down with my jarana in my hands unable to play. My mouth trembled with rage, but I could not say a thing to them for I was in strangers' lands. Had it been on my turf, I would have, by now, broken the jarana on their heads.

I was thinking of that when a man on a horse and silver spurs came close to me. He got off the horse and started to play. He had a middle size jarana, which sounded very high; I had never heard anything like it.

At the end of three songs the locals change the tuning. The foreigner changed quickly his tuning too. As his jarana was high, it overshadowed the others. Just then the foreigner changed his tuning forcing the other musicians to change theirs. So tight were their strings that they started to break. On other jaranas, the saddle came off. The foreigner kept playing. The music sounded as if there were one hundred jaranas.

At the end of the song each musician had two or three broken strings or a broken saddle. Encouraged, I approached the tarima to play. When I started to play my instrument I heard a deafening sound accompanied of a bright light. Lightning had fell right there at the foot of the tarima.

When I reacted, I was alone on the tarima and the foreigner had disappeared. The musicians, with the strings all broken and the saddles off were praying and praying for Yobaltabantl had played a bad trick on them.

A SACRED DAY
Told by Romulo Chontal at age 70

On a Saint John's night, at a San Andres neighborhood, a fandango was being organized to celebrate the neighborhood's patron saint. Black clouds in the sky were obscuring the full moon. Nevertheless, the neighbors, excited, placed a tarima in between two petroleum lamps. Long benches were placed by the tarima, which was occupied by the women as they arrived to the village.

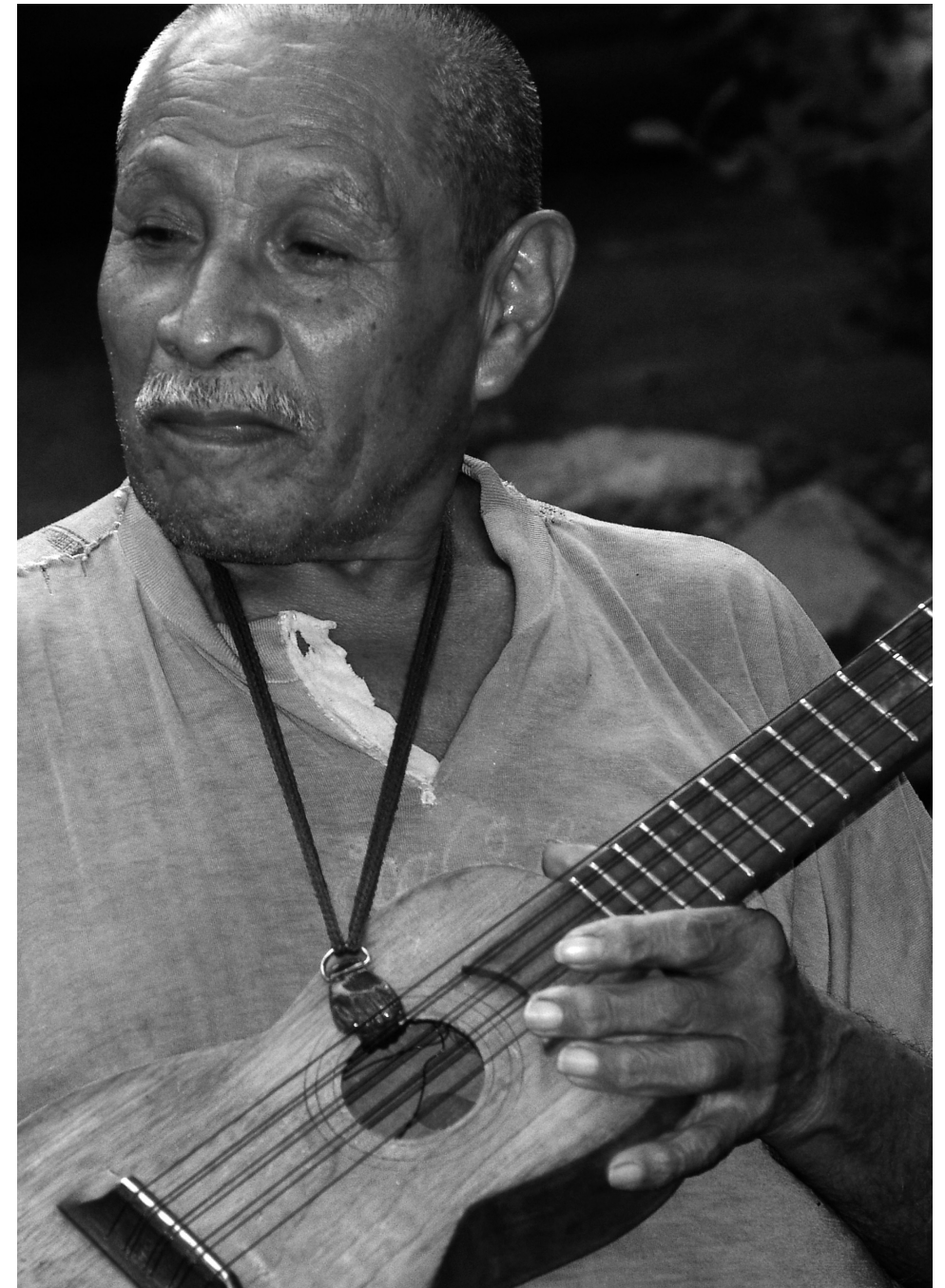
The musicians tuned their instruments and tried bits of songs to check the ensemble with each other, hearing this the women became impatient to get on the tarima and dance. Every now and then, a fast firework climbed the sky, inviting with its sound the whole town to participate. Through the trail, small groups of peasants and women would arrive anxious to have fun.

Not everyone in the neighborhood was in agreement; there were several neighbors who were unhappy. The old people said there shouldn't be alcoholic beverages on that day for it was a sacred day and the soul should be pure. As the party was organized already, the musicians, impatient, started with a Siquisirí. Right away, the tarima got filled with women who moved from one side of the tarima to the other. The singer had a great time putting out verses. Someone gallant enough made what people here call a galeo, which is to put his hat on her head.

Once the fandango was on its way the musician played sones de a montón (song for a bunch) and sones de pareja (songs for couples). The guitarreros took great pleasure playing with the espiga (plectrum made out of horn). Verse after verse the singers enjoyed the evening. On the tarima, the dancers took turns after each couplet was sung.

At around midnight a stranger dressed in black approached the party. He had silver spurs and bright golden teeth. He got near the musicians and started to sing. He sang with such strength he drowned the other singers easily. Every time he opened his mouth, however, a bad stench came out of his mouth. It smelt of a death animal.

The fandango got more and more animated; the musicians started with a zapateado the stranger got on the tarima and started to dance. He hit the tarima so hard a cloud of dust went up in the air. None of the women wanted to dance with the stranger with gold teeth but he didn't want to leave the tarima. Then a swirl formed around the tarima and it scared the men and women. When the scare passed, the man with gold teeth was still on the tarima. People decided to take him down by force. But the man got off the tarima and ran, followed by everyone. But when he got to a cross street, he turned into a goat which in a few minutes got lost in the mountain.



Antonio Paz Mezo, Grupo Hermanos Paz

The musicians, full of fear, returned to the fandango and to gather courage, they drank cane alcohol all night until sunup. That is why, from that day on, jarana players drink a lot when they're playing.



Xico Waterfall



Eyipantla Falls

CHANEQUE FROM THE STREAMS OF PUEBLO NUEVO

Told by Pedro Chapol at age 61

My uncle used to say that many years ago there were no bridges in San Andrés. To cross the rivers Vichalpa, Pipisole or Tajalate one had to jump from rock to rock.

My uncle loved the fandango. He would spend the night singing and dancing on the tarima until the early morning. Every Saturday the guiding fireworks helped him find a fandango; those Saturdays when there was no fandango to attend, my uncle felt like an animal in a cage: he paced round and round.

One day he took his jarana, hung it on his shoulder and set out for the fandango at Pueblo Nuevo. All night he drank cane alcohol and played with other musicians and dancers. At dawn he started the way back, down the street. When passing by the Streams of Pueblo Nuevo he saw a boy playing in the water at that very early hour. Amazed he got close to see who it was. The boy then said to him:

—Mister, mister please will you play Los Enanitos?

As he liked the boy, he took his jarana and started playing Los Enanitos. Just then a big mass of fog descended on them covering the whole place. You could not even see your own feet. He did not know where to walk.

He worried about the boy who was alone at that hour. The silence was so profound, he sat on a rock to wait for the fog to dissipate but always paying attention to hear the steps of the boy in the water.

When it started to clear up he looked for the boy but didn't find him, only the sound of the streams could be heard. A chill went through his whole body taking the drunkenness away. He hugged his jarana and started walking but could not advance at all.

CHARMED ON A WEDDING

Told by Evaristo Melchi at age 64

There was once a wedding in a community near San Andres. There, musicians, dancers and singers from surrounding areas gathered. They would arrive in small groups, the men on horse and the women by foot.

The fandango was a great occasion, conviviality marked the atmosphere. While some musicians played, others rested. The singers sang, searching their memory for the best verses from their repertoire.

Night fell as a small group arrived. They came from the high parts of the area. Instead of adjusting to the tuning of the musicians already there, they started playing in a higher tuning.

The first group of musicians got upset at this but nevertheless they tuned their instruments to the newcomers. When they reintegrated themselves to the fandango, the newcomers changed their tuning again making the other musicians step aside.

The newcomers took over the fandango. They were the only ones playing. When some singers came and started to sing the newcomers showered them with picones (provocative) and argumentative verses forcing them to become silent. They were the only ones in the fandango. They behaved this way for some time, at the foot of the tarima, accosting all who dared to come near.

Nobody knew where a little old man came from with a small jarana which had a high sound and a very dirty look. He said to the group: the best of you come and sing with me. The group of newcomers surrounded the old man and started to play and sing. The old man chirped like Spring. In argumentative verses they asked him:

If true is you know it all
I must say and ask
stranger, tell us all
in verse you'll complete the task
How many hours does a year have in all?

To which the old man responded:

Since in verse I like to reply
these numbers you'll understand





I know how to multiply
it has eight thousand
seven hundred and sixty

All present became silent upon hearing this and immediately they sang
another verse:

This song we have begun
in order to settle this matter
Now that we are having fun
in verse I ask you rather
how did this matter evolve
and how is it going to resolve?

Immediately, the old man answered:

Of verses lets make chains
with an argument we shall see
where does the whale have gains
in the depths of the sea
or because of rocks,
instead of life it finds pains?

Thus, the old man kept answering argumentative and provocative verses. But
as he answered verses the old man kept getting farther and farther from the tarima.
They continued to play son after son and without noticing, the musicians fell asleep
one by one and the old man kept on playing and playing.

The musicians all fell asleep in the wilderness. When they woke up they
found themselves next to a stream, their jaranas on the side. As they picked the
instruments up, they noticed all of them had the strings broken. Then they looked
at their hands and saw they had bloody, swollen fingers. They were so scared they left
in a hurry abandoning their jaranas by the stream.

ROSITA THE FANDANGO LOVER
Told by Ricardo Fonseca at age 78

A long time ago there lived a woman who loved fandango so much, her life was a torture when there wasn't one to attend.

Anxiously she waited for Saturdays, the day when fandangos were held in San Andres. In those days she became restless. In the afternoons she went to the river with gourd in hand to bathe. She came back later her long hair laid down her back.

To go to the fandangos she put a white gardenia in her ear, which contrasted with her black hair. She always used a long skirt scented with patchouli.

Rosita was her name and everybody knew her for her grace on the tarima and for her beauty. Men felt content when she danced and they placed their hat on her head. With the hat on her head, she moved gracefully on the tarima before everybody's eyes. Some time later she had a tarima built for her. It was made of red cedar, which made the footwork sound very clear.

When she wanted to dance, she would call the musicians and invite dancers and singers to fandango all night long. She always ended soaked in sweat. Tired from so much dancing but happy and filled with joy. This is how Rosita spent her life: from fandango to fandango or somebody's house when there was a fiesta somewhere in San Andres.

One day she fell ill. She stayed in bed for a long time, her legs numb with pain. When she heard the fireworks announcing a fandango, she would become very sad. Sadness finished her little by little until one day she didn't wake from her sleep.

After the year of mourning her tarima was lent for a fandango. When the dancing was at its highest, the tarima full of women, their footwork sounding strong, her crying was heard. The women, frightened, got off the tarima and did not want to dance anymore, thus stopping the party.

Some time later the tarima was again lent for another fandango. Again Rosita's cry was heard. Each and every time there was a fandango people heard the crying of Rosita, the fandango lover. Finally, people decided not to use the tarima anymore. The sun and the rain destroyed it and nobody ever knew where it ended up.





THE JARANA IS A BAD VICE Told by Carlos Escribano "Cut Ear" at age 76

My father, rest in peace, was named Rosendo. He made jaranas and sold them to people in the villages or to musicians in San Andres. Since before 1920 in the month of February he would take instruments to the fiestas in Tlacotalpan to sell them. In those days he would have to walk to the town of Alonso Lázaro, from there take a boat, and then walk more to reach the city port of Tlacotalpan. Ever since I can remember until now, I know music and jarana.

When I was a boy, I would ask my father to teach me to play jarana, since I saw how much he enjoyed himself playing it. But he would always get mad and say:

—The jarana is a bad vice. One day you'll grow up and then you can learn. Now it's not the time.

But sometimes I would insist that he teach me. He then would give me a cuff on the scruff of the neck. I, then, would keep quiet and would sit by his side in silence.

My father would drag me everywhere he went playing. I liked to go with him, take care of him. When he was drunk he would fall asleep. At the fandangos he played the jarana or the plucked instrument called guitarra de son. He also liked drinking cane alcohol or "Tea with tea" which is a combination of two types of tea and alcohol. When he was already drunk he'd call me and tell me to sit by him. He then would teach me to play. He taught me the chords and the different musical keys. He advised me not to wet my hands when I played and to put oil on the strings, for in those days these were made of animal gut and the oil kept them moist and flexible.

When he was no longer drunk and I asked him what I had forgotten, then he would scold me and even hit me. My father did not remember what he did when he was drunk.

That is how I learned how to play the jarana. Later at age thirteen, I learned to play the violin. From my father I learned to make jaranas and violins with the edge of a machete and I'll keep making instruments the same way until the day I die.



CURLY'S JARANA

Anonymous

Once, during a celebration of a wedding, many musicians and dancers came from the surrounding areas of San Andres to participate. Many arrived accompanying the newly wed with jaranas for that is the tradition. In the courtyard people set up improvised tables where the women placed big pans (tacualones) filled with stew (tatabiyiyayo) and pails full of corn drink (pinole).

The tortillas were made by other women on the tenamaste (campfire) where they placed the comal (earthenware dish for cooking tortillas). In the afternoon, the musicians gather around the tarima, which was under the covering canvas. With the first song everyone rushed to the stage. The musicians played but the singers wouldn't sing. The dancers too, did not go on the stage to dance. The house owner, who observed the scene, got on the stage and said:

—People, this night is to celebrate. Everybody, have fun! On occasion of my daughter getting married, I will give a bottle of sherry and half a gallon of alcohol to the best verse singer. At midnight I will give it away for the winner to share with the musicians!

He got off the stage and the song, "Pájaro Cú", was heard again. Nobody responded for the singers were still cautious and the women were not getting on the stage to dance.

Suddenly, an old fellow got on the tarima rudely mocking the women. Angry, the women got on the tarima pushing the old man off and thus starting the fandango. All the verseros searched their memory for the best verses. The women went on and off the tarima. The mood of the fandango was getting better and better.

There was a musician that people knew very little, who, up until then had been quiet: dark and curly hair. He approached the musicians. He tuned his instrument and started playing. His music was very good. His jarana drowned the other jaranas. He let the others sing at first. Then he sang. His voice was strong and clear and it gave perfect shape to the songs. Everybody was attentive to the musicians and singers.

The black man with curly hair played with delicate strokes. The sound of that jarana was unmistakable. It was different then the others but sounded like the Curly's voice. He sang all kinds of verses during a "Zapateado" which lasted more than two

hours: "entrance" verses, "relationship" ones, "argument" ones and many others never heard before. But neither the singers nor the musicians wanted to give in.

People were nervous because one of the singers loosing, might start to sing spurring verses and pocketknives might show their shiny blades. Nevertheless, the fandango continued. It lasted so long, some musicians had their jaranas all bloody from their burst fingers. Curly sang verses nobody heard before. At some point the other singers got to be quiet and listened to him. The musicians did not want to stop so he would keep singing. When the song finally ended Curly went to the table where the prize was. He took the bottles and left, nobody knew who he was or where he was from. They saw him leave without saying a word. He walked about twenty yards when he disappeared in the midst of a swirl of dust. When the dust settled, they found the bottle of sherry and the gallon of alcohol.



Tacualones bowls

THE DANCER FROM ABATA

Anonymous

There once was a man from Belén Grande who did not have a job; he looked and looked for work but didn't find any. His desperation grew so much that one morning close to midday at a crossroads he thought:

—If the devil himself offered me work, with the devil I would go work.

Just then, a swirl of dust swallowed him and took him away. Nobody ever heard from him again. His relatives looked for him but never found him. With time they forgot about him.

This man had a comadre, his child's godmother. She was very young but with a pronounced preference for fandango. Saturday after Saturday, she would descend from the hill mounted on her donkey accompanied by a group of women.

This woman, besides liking dancing a lot, liked it that her women friends from Santa Rosa Abata would get galeadas, that is to say, that the men put their hat on them which meant the women would get a treat after the dance such as a refreshment. But the comadre would receive the treat which was a beer.

It so happened that one time there was a fandango in one of the neighborhoods of San Andres and there was the dancer from Abata. The fandango started early. Musicians arrived tuning their jaranas. The dancers with their shoes, all clean, and with cleats on the heels made their approach known for you could hear them stepping on the cobbled street. Many arrived on horse and from that vantage point observed the fiesta.

At about eight at night, the fandango was on fire. The gut strings were flying and the musicians, as fast as they could, would replace them with new ones. They tuned their voices with sips of cane or chewing cinnamon. The women got on and off the tarima.

Then at midnight, to the sound of "La Morena," the dancer from Abata danced from one side of the tarima to the other, her long beautiful hair hanging down her back. Suddenly she heard somebody calling her. She turned around, looked everywhere but could not see who called her. Again, she heard her name but she did not know who was calling her. Then she heard:

—Comadrita, it's me your compadre Chano, look here I am.

But she did not see anybody. She thought these were ideas going to her head, but again she heard:

—Comadre I am going to put my hand on your dress and will stain it with mango blood so it will stay marked.

At this point she thought she had had too much to drink. She got off the stage and did not dance. She waited until dawn to go back to her place.

Years went by and the dancer from Abata got old. She continued, on her donkey going from fandango to fandango. One day an old man appeared at her grass hut. She did not recognize her. He explained he had gone to Belén Grande looking for his family but found no one. The house was empty. Intrigued, the woman asked:

—Who are you, do I know you?

—It's me, your compadre Chano. Look at me. I went to the mountain and fell asleep. I dreamt you were dancing and called you but you couldn't hear or see me, so I stained your skirt with mango blood.

The dancer from Abata then remembered that time when, at the fandango, she heard somebody calling her. She got up from where she was sitting and went to check her skirt. Sure enough, painted on it there was a hand. When she went out her compadre, was gone, disappeared. Ever since then, she never went to the fandangos.



TALE FROM MAYIYA
Told by Facundo Ixtepan Malaga at age 80

When I was young I liked music and fandangos a lot. These parties took place on weekends or when there was a wake (velorio). I would get really impatient during the week waiting for the fandango which came either Saturday or Sunday.

I liked fandangos so much I would dream about them during the week. I would clearly hear the music in my mind. Desperate, I would get up, hearing the music become happier and happier.

One night having had a few drinks I heard the music clearly coming to my ears. I could not resist anymore so I grabbed my jarana and went out. I set out for Ocelota for there it was that the music came from. I walked and walked until I reached the settlement. When I was in the midst of the houses I looked for the fandango but couldn't find anything. The music now sounded very distant in the silent night. Then fear took over me. I looked for my friend's house, I told him what had happened and he offered me a corner of his house for me to spend the night. The fear was so intense I couldn't go back to my place.



Palo Mulato tree, photograph by Lydia Vogt

THE JARANA THAT LOST ITS VOICE

Anonymous

When I was young I liked to have fun. There wasn't a fandango that I didn't attend. My jarana and I were inseparable; it was as if I went from fandango to fandango with a girlfriend. My jarana was a small one made out of the root of a cedar tree that I myself unearthed in the country. Its voice was unique; it could not be mistaken for another. That is why it was the object of envy.

A lot of people praised the sound of my instrument so much so that when I did not attend a fandango its voice would be missed. There were also some who did not like me playing. They would get in a bad mood when they heard my music.

One good day I went to a fandango on Cinco de Mayo street. There would be one every Saturday and a lot of people attended. A lot of musicians came even from the villages; they would arrive on horse. As the organizers were carpenters, they had made a big tarima where a lot of women could dance the women's dance or "son de a bastante."

That night the fun was quite good; everyone was having a good time; there were lots of women on the tarima; there were lots of musicians and singers.

I was having fun too when a man on horse arrived. He had an enormous cigar on his mouth. He passed by to Don Chema's watering place to tie his horse. Sooner than later he was playing with everyone else. He seemed restless, no place seemed to please him. The hours went by like this.

After a while I saw him standing next to me. He still had the huge cigar in his mouth; he spewed smoke every once in a while bothering people. Unexpectedly, he took the cigar out of his mouth and blew a mouthful of smoke into the sound hole of my jarana and went away. I was startled but continued to play without giving the incident much importance.

After a while at the end of a song, I noticed my jarana went out of tune. I went out to tune up and came back. In the middle of the next song the instrument went out of tune again. I tuned it again but a string broke.

I sat down to change the string but while tuning again another string broke. I couldn't play the rest of the night for my jarana kept going out of tune and breaking strings. Then I realized that when that man blew smoke into my jarana he did so intending evil.



Woodshop of Domingo Martínez López, Santa Rosa Loma Larga, photograph by Luis Reyes



THE DEAD MAN WHO CAME BACK TO PLAY

Anonymous

My grandfather used to say that when he was young the musicians would gather and have fun playing music. At times they would walk around the town with their instruments looking for a fandango in the different neighborhoods. My grandfather went out with his friends in this way, looking for diversion.

One day one of the gang died for which all his friends gathered in his house to fulfill their duty: to play music for the last time and accompany the widow and family members.

From noon to night they played. The music was slow and rarely it was sung. At around midnight, under the candle light a shape by the door seemed to have appeared. They all stopped playing without saying a word. They got goose bumps and huddled together.

After a few minutes which seemed like hours they remembered the dead man used to say: "Even if I die, I will come back and play with you because I like playing and dancing so much I want to do it until I get tired."

The musicians mustered courage and started to play again although the music sounded now different. They were scared looking at the door at all times. At the end of the wake they all left together. When they had walked for a while they looked back to the house of the deceased. They saw a man under the porch light playing his jarana. Hurriedly, they left feeling the deceased following them.

FIESTA ON THE HILL

Told by Clemente Mixtega Baxin

Many years ago when the jarana gave life to the youth, when there were fandangos in all the neighborhoods and villages of the area, something incredible happened to us.

One time, well at night, upon returning from a fandango we ran into a lady on the trail. She asked us to go play at her house for she had a small gathering. In turn she would give us a tip.

We all accepted and started walking behind her. She took us to a very far away place. Farther and farther away for the city we walked on mountain paths feeling a little tired but the lady didn't seem tired.

After a while we noticed a very big dog was following us. The woman did not seem worried whereas we were so scared we could hardly walk. I got goose bumps. I wanted to talk but couldn't. When at last we caught up with the woman we encountered some peasants and asked them:

—How's the party, friends?

—What party? Asked one of them.

—The one at the lady's house, we answered.

—Which lady? Responded another peasant.

We then realized we were alone. We did not see where the woman went. We kept silent and our bodies started to tremble. Thus, in silence we arrived home without a word spoken.



THE CEIBA TREE FROM PUCHUAPAN
told by Juan Mixtega Baxin at age 86

My dear father used to say that one day there was a fandango near the spring of Pachuapan, at the foot of the big ceiba. Since the early afternoon they put up a canvas to cover the tarima. People gather on the tarima; the dancers took turns; they dried their sweat with their handkerchiefs.

Women went on and off the tarima fanning themselves with the tip of their shawls while the singers treated their throats chewing cinnamon or drinking honey. The musicians went in and out of the fandango to tune their instruments as needed. The fandango was at its highest point. The music, the dancers and the singers were one single thing.

At around eleven at night, when the fandango was most animated, a singer with voice of thunder arrived. He sang in tune and with fine verses so much so the other singers felt overshadowed and stopped singing.

When a singer tried to sing a verse, the stranger quickly would jump to answer the verse so that it was impossible for anybody to rival him. This man with a voice of thunder was the only one left singing; he became the fandango.

Everyone was like in a trance. The musicians played non-stop, the dancers on the tarima let themselves be carried away by the music and the singers, mute. After a while one of the musicians noticed the strange man's feet were backwards and his toes were full of hair.

One of the singers who knew about these things got closer and started to commend himself to God as he sang and sang. The others also started to sing in the name of the sacred one. When least expected, a swirl went up yanking the covering canvas away. The ceiba twisted strongly with the blowing wind and men's hats blew all over.

When calm returned, the singer had disappeared. The fandango ended there. From that day on, for the rest of his life, the singer who commended himself to get rid of evil stuttered.

THE FRIEND

Anonymous

Once, during a festivity for Saint Angel Archangel, there was a fandango at the time of the saint's wake. To it, many musicians and dancers came on horse from surrounding villages.

There also came on horse a young man wanting to dance and sing all night accompanied of his fellow godparent. They had fun all afternoon into the late night. His fellow godparent who was a mature man told him:

—Let's go, compa. It's midnight and we have to walk a long ways. I stay near here but you have to walk longer.

Unwillingly, the young man agreed. They mounted their horse and left the fandango behind. Along the way they started to talk. They traveled like this in the darkness of the night. They did not hear when another rider caught up with them and told them:

—Hey friends so early you're going home? Come on lets go have some fun!

—No, friend, said the fellow godparent, we're going home.

—The best fandango is up there on that hill. Come, it' still early.

The young man, whose feet tingled with desire to dance, didn't think about it twice. He dismounted the horse he was riding with his fellow godparent and jumped on, behind the stranger. The fellow godparent didn't say a word. And quietly he went home, while the stranger's horse started walking.

The young man lost track of time. It seems like he fell asleep. He didn't know how he got there or how long it took nor how long ago. When he regained awareness he was standing in front of the cave at Enchanted Lagoon, completely alone and in broad daylight.





THE JARANA AND THE RATTLE

Told by Tío Juanito Polito Baxin at age 86

Many years ago when I was young and was learning how to play I liked to strum a small jarana. I used to work at a big store back in the village. There, people from other villages would come: from Cerro Amarillo de abajo, La Joya, Ohuilapan and Texalpan. Sometimes clients would stop to have a drink or to buy strings which back then were made of gut. When musicians started to play I paid attention to learn some chords.

Then I was about twelve years old. I heard the old-timers say that with a snake rattle inside the jarana, the music sounded louder and better. One day I wanted to try. I got a little rattle and tied it with small string inside the jarana. With some bee's wax I'd fasten the rattle under the top of the jarana and then I would play. I liked playing that jarana for its voice was clear and loud.

Whenever I was invited to play I stuck the rattle inside my instrument before playing. When I played, people listened and some musicians envied me because of my jarana. At each fandango there were always buyers. But I always said no to them.

Later I abandoned my jarana and started to play guitarra de son (a melodic, plucked instrument). I hung my jarana on the wall of my thatched house in the village.

One good day we were invited to play to Catemaco (a big beautiful, tropical lake in the area called Los Tuxtlas). We left early because in those days we walked from one town to another. In the afternoon we started to play together with some musicians from Catemaco. On the tarima there danced older men and women. When we were deep in the music, a man arrived and came close to us. He didn't take his eyes off my instrument.

When we finished playing, the man, who hadn't left yet, offered to buy my jarana. And because I already played the guitarra de son, I decided to sell it to him. Upon closing the deal, the man played a trick on me. He stuck his hand inside my instrument and took out the rattle. There the deal was off.



THE SHADOW ON THE EGGPLANT FIELD
Told by Gregorio Baxio Xolio at age 95

One time there was a fandango in Ocelota and I planned to go. Some friends and I made a date to meet there. In those days fandangos were the only diversion for young people for there was no other music than that of jaranas.

When the sun went down I set out walking under the moonlight. I passed a big hall made of mulato trees. With the help of our Creator Father, I continued to walk thinking about the fandango and the fun I would have.

When I arrived at the stream I heard a noise that was approaching. I turned around to see what was and only felt a big gust of wind blowing along the eggplant field. It was something that buzzed and moved all plants and trees along its path. As it was advancing on the same trail I had walk on, I gather courage and continued walking behind the noisy wind.

When I walked the wind would stop and it would make a whirl blocking my step. As I stopped, the wind would blow the bushes and trees like a large animal. But there was nothing there.

I spent some time like that, full of fear, without being able to walk forward or go back.

Then it reached a ceiba, which served to tie up animals too, I saw how the wind moved it with a big whirl. Seeing nobody there I ran and ran to the house where the fandango was taking place. I told the host what had happened, he gave me a drink and said:

—It is “the friend” on the loose. You must proceed with caution. Don’t be afraid, come to the tarima and strum as you please.

In this way I played ‘till five in the morning when the fandango ended.



HILL OF MAGIC

Told by Alfonso Chima at age 76

No brother! You don't lend and mistreat jaranas or women, because we have fun with both and we love them with the grace from God.

When I was a child there were lots of fandangos in the village and musicians came from all over...from Caravaca, Ixbiapan, Calería and even Comoapan. In those days I did not play yet but I liked going to fandangos. When I grew up I got a second size jarana, learned how to play and started attending fandangos. How it sounded! It had a high tone and it clearly "said" what it played, how I loved it! After playing I would loosen the strings and clean it with oil and put it in a canvas bag so the varnish didn't get scratched.

One time I went to a fandango in Calería. It was a good party. As I had tuned up on the way I arrived playing right away: one song after another, without a break. When a jarana player got tired he would rest some but the fandango would continue with the other musicians present.

Suddenly a young man approached the crowd. He was well educated and well dressed. He stared at me, watching how I played; he seemed to like my instrument for he kept staring at it thoughtfully. When I went for a break he approached me and said:

—Mister, would you lend me your instrument for a while?

So I tuned it for him and lent it to him so he would enjoy himself playing. I went to eat some tamales. From there I heard the music and could hear my instrument among the others.

After a while I noticed the sound of my jarana sounded farther away. I started to worry. I got up and went to where the music was and what do you know brother? The guy I lent my jarana to wasn't there anymore. But the jarana could be heard far away.

—Damned guy, he's stealing my instrument and on top of it, he's still playing it!

Then I told two friends:

—Come with me, let's go after that guy, he's taking my jarana!

We ran to where the music came from. After a few minutes the music sounded louder.

—We're gaining on him!

We passed the river and were on the way to Matacapán. Suddenly we heard the music louder and louder but couldn't tell where it was coming from for it seemed to come from everywhere. We searched but did not know where to go.

Suddenly everything was silent. Just then, we saw the instrument leaning against a rock. There at the foot of Rooster's Hill. All was silence. Not a soul in sight. Just us three that full of fear, returned in silence. We then realized that in that hill magic inhabited. From then on I stopped playing jarana. I learned to play guitarra de son and that's what I play now. But I don't lend this instrument to anyone.



MAGIC IN COXOLE

Anonymous

Once, when I was young and was starting to dance son I heard around nine o'clock at night music so animated that I wanted to go near it. So that my father wouldn't notice I got up from my wicker bed very quietly, took my boots and went out. Back then we went to sleep very early for there was no electricity, only candles. My house was made of palm leaves like all the others in my village. Only, mine was a little isolated from the others in the middle of the jungle by Coxole Hill.

That night, after sneaking out quietly, I walked with my boots under my arm, on the trail towards Ohuilapan, which was about fifteen minutes walking from my house. When I got to a stream I stopped to wash my feet and put on my boots. Just then I heard the music loud and clear and very animated. The sound on the tarima was very clear. Only, it came from the opposite direction from where I heard it the first time. I thought the wind had changed directions and taken the sound with it; I didn't give it any importance.

With my boots on, I rushed to the fandango, guided by the sound of jaranas. Suddenly a deep silence set in. It forced me to stop so as not to break the silence with my steps.

After a while, I heard the sound of the jaranas again but coming from another direction. Then I became frightened. I looked around me and noticed I was practically in the same place. I hadn't moved at all. Since the music sounded so animated I decided to keep walking. I took another trail and walked in the direction the music was coming from.

I walked and walked until I was exhausted. It seemed like a long time had passed, maybe hours. But as I looked around one more time to see where I was, I noticed again that I hadn't moved. Then, my fear was bigger than my taste for fandango and I decided to return home.

When I turned back, I could see my house in the forest's clearing. Sad and full of apprehension I walked towards my house. Then I heard the music once more: the footwork on the tarima and the singing, the laughing and shouting of the crowd. It seemed the party was in full swing. Only, now the sound came from Coxole Hill right there where my house is.

I understood then this was not a good thing, that it was magic. And so as not to be trapped by magic, I slept outside that night.





CAREFUL WITH THE TEA

Some time ago, in a village people organized a fandango for the Virgin, which was brought from the town of J. Moreno. Everything was movement in the village. Some women were adorning the altar with flower arrangements. Others cooked big pots of stew and corn while at another table tamales were being prepared. The young women and the musicians took down the image of the Virgin, accompanied by the female singers.

After a few hours of walking the fireworks announcing the arrival of the procession were heard. The Virgin was being transported inside a big wooden box. This box was carried on the back of one person who fastened it with mecapale, a kind of jute used to tie firewood. Behind the virgin, women were singing psalms with all their voice and behind them, about twelve musicians with jaranas.

When they entered the town, people approached the image to touch it. The fandango started that same afternoon. Next to the virgin there were people singing psalms, praying and performing cleansing rituals with the image. And on the other side they had a tarima where musicians, singers and dancers holding a fandango. Fine verses were sung, women danced from one side of the tarima to the other. Some singers drank a little cane alcohol or chewed on cinnamon sticks so as not to lose the clarity of their voice.

At nightfall it got cold and to warm up people drank coffee or “tea with tea,” a combination of cinnamon tea with patololote tea and a squirt of cane alcohol.

Close to dawn, with its humidity and cold, the instruments’ strings tighten up. The singers, well tuned by now, sounded like larks. The party continued and the tarima wasn’t big enough for all the dancers. The musicians didn’t take a break and the singers sang verse after verse.

Unexpectedly, a man appeared. With him he had a container with “tea with tea.” He offered it to the best of the singers present. The singer took the offer and drank one, two and the third drink got stuck in his throat. He couldn’t swallow nor could he spit it out; his eyes opened wide. He hit his chest in desperation. His face got purple and nobody did anything to help, they just looked on. Then he put his fingers inside his throat and took the tea out; with it there was blood. The singer saved his life but tore up his throat with his fingers. Since then, he stopped singing and attending fandangos.

The man who had offered the drink disappeared after it caused damage to the singer.



THE CHANEQUES PUT A MAGIC SPELL ON US

Told by Florentino Ambrosio

One time, during holy week, I heard a music which sounded really good and told my friend:

—Come on, lets go to Miltepec, there's a fandango there.

Because there aren't many parties at the village, my friend didn't think about it twice and we went on our way. He with his jarana, I with my guitarra de son played as we walked by the train tracks, all the way to Miltepec. As we approached the village, the music could be heard more and more clearly. When we got to Black Bridge the music stopped, it couldn't be heard, we heard only the song of a cricket. We waited a little and upon not hearing the music we thought of returning.

We started back when we again heard the jaranas. We turned back towards the music and once more walked in that direction. Again at Black Bridge, the music stopped again. Total silence dominated the air. We got scared and decided to return.

After about two hundred yards we heard the jaranas again and the sound of the tarima played by the footwork. Since we were addicted to music, we waited a little but in the end decided to look for the fandango.

At Black Bridge again everything was silent. Full of fear we waited for a few minutes and decided to go home. Suddenly we noticed the sun was coming up. My companion, surprised, said:

—It's daybreak, Florentino!

To which I answered:

—It can't be. It's still night. We left the village about three hours ago.

—No Florentino, it's day, look at the sun. It's coming up.

Without knowing, we lost track of time. Hours went by and we thought it was minutes. The chaneques from Black Bridge put a magic spell on us.

CAT KILLER

Anonymous

In my time there was a lot diversions. Everywhere there were fandangos being organized. Men occupied themselves playing, dancing or singing because that was the way to distract themselves. Jarana music was the main one then.

Near the market was the House of Fandango: a big structure made of red grass used to stand where the statue of Juarez is today. The Fandango Real was held there. But it wasn't open to every body: not everyone played or danced there. When a singer from a village approached the tarima there always was some body that would sing him the following couplet:

Shut up big-beaked
rooster or I'll slap your face,
ranchers don't sing here
only those from San Andres.

If a couple of dancers dared to go up to the tarima and dance, nobody would take their place; the dancers would be left there to tire out. People from the villages came to fandangos held in the popular neighborhoods of San Andrés, but not at the Fandango Real.

Jarana players used gut strings in those days, which didn't last much. After three or four fandangos they had to change them. Musicians always carry spare strings on them. This type of strings, they would bring from elsewhere.

Some musicians, in order to save a quarter, which was what a string cost, would make their own strings with the cows' teats. Other musicians had special strings; they sounded better, clearer and lasted longer. They never revealed where they bought those strings but they were made of gut too.

Well, one day a lot of mice appeared but cats were scarce in the town. Many cats had disappeared and nobody knew how. Eight cats had vanished and people didn't know where they were.

Days went by without the cats appearing anywhere. After several months, cats started to disappear again, first a white one, then a yellow one. For this reason, families started to take care of their animals.

One night a big blow and a cat's meow of pain was heard. When I looked out I saw a man picking up a cat from the street. I went out carefully so as not to be seen and followed the man. It was one of the musicians with the fine strings.

I peered in though a gap on the fence and could see the man opening the cat under the candlelight and take its guts out. I observed he washed the guts very carefully. He then salted them, tied them with a stone and hung them from the ceiling in order to stretch them. I understood then that this man killed cats to make gut strings.



Woodshop of Domingo Martínez López, Santa Rosa Loma Larga, photograph by Luis Reyes

MY LITTLE FIESTA FOR THE HOLY CROSS

Don Macedonio Gómez was an old man 90 years of age from the community of Mérida in the municipality of San Andrés Tuxtla, Veracruz. He was a short man who was born with even shorter arms. His hands barely reached to his waist and because of that he never played the jarana. He also had very small ball like toes turned upside down and because of that he could not use shoes and therefore he could not dance a son (song).

However, nature endowed him with an extraordinary voice and a privileged memory to learn hundreds of couplets. Tío Mache Gómez's voice together with the amount of couplets he knew and his enthusiasm for son turned into an indispensable character in the region's fandangos. On one occasion he told part of his path in son.

—I never learned to play or dance because of my arms and feet. But I always liked to sing. I liked to engage other singers such as Bartolo Muñoz from Ahuacapan and Antonio Anota from Ocelota and sing verse after verse; also with those singers from the low lands and valleys. I knew a lot of verses because my mind was fresh. I could spend two days and two nights singing without repeating verses. To rivals as a way of warning I would sing this verse:

I'm a wandering man
in the Camino Real I live
you are not my confessor
but in truth I tell you:
for the early riser
there's another who
never went to sleep.

On one occasion we went to a velorio (wake) and there were lots of us singers and musicians. The host had slaughtered a cow so there were lots of tamales and cane alcohol for the guests.

First we made the sign of the cross on ourselves in front of the Virgin before starting to sing. We walked to the tarima. We asked permission to sing with an entrance verse, this is the custom:

License first I ask
to start singing
with your permission
gentlemen verses
I want to sing
if the host and
owner of this house
authorizes me.

Don Macedonio traveled through all the zone's communities singing in fandangos and velorios. During his last days he came to Casa de La Cultura in San Andrés to greet us. One day in April he came to the city to buy, he came as usual to greet us and said:

—I am going to stop singing, I feel tired and ill. It's hard for me to go around at night but I want to sing for the last time on May Third. I want to host a fiesta for the Holy Cross. You are invited to come.

The days went by. The Third of May, the day of the Holy Cross, arrived. He said farewell to the music forever: he died the same day.





FAREWELL VERSE

Bald head Riveroll was a dark skinned man of about forty five years of age. His real name I never knew. He was a jaranero (jarana player) and we sometimes coincided in the velorios of the community. That is how a friendship was born and why he sometimes came to Casa de la Cultura in the afternoons to play and sing some verses. One such day he came by after shopping in the market. He took a jarana and started playing with the youths who had been playing for awhile.

They played and sang various songs. Night fell and it was time to leave. Everybody put the instruments away included Bald Head Riveroll. After a few minutes of having left, Bald Head Riveroll returned and standing before Guille, who was the secretary, he told her:

Budding Mother of Pearl
beginning of turtle shell
may our King care for me well
so I return home
it'll be the last
I'll see of you
uphold yourself,
farewell my precious life
farewell my rose bud
cause of all my pain

That was the last time Bald Head Riveroll played and sang with us. Death caught up with him the following day.



DON MODESTO'S VIOLIN

Don Modesto was a little old man thin as a feather. He always liked to attend the wakes and walk along the carrying of the virgin even though he never finished playing a son or stayed up all night. For those reason other musicians criticized him. But nobody knew why Don Modesto acted that way.

He tells that when he was a boy musicians played the violin at the fandangos. Old people called it *yigui-yigui*. There was always a violin player among the jarana players. When there wasn't one the musicians were uneasy. The custom was that musicians attended velorios (wakes) for pleasure not obligation; they weren't paid and yet they played all night until dawn.

Upon arriving at the wake, the first thing one would do was to cleanse oneself and one's instrument with an image of the virgin before congregating at the tarima for the fandango.

But one day there was bad weather we could not go in procession with the virgin. We therefore had to wait for the rain to stop. When the rain cleared a little bit, we went out in a hurry with the virgin in front of the procession. With her, the fireworks people, behind her those with the incense burners and the female singers. After them the musicians with their jaranas, covered for they feared the instruments would get wet. We walked twelve kilometers to reach the town.

When they arrived the house host did not pay any attention to those accompanying the Virgin for which reason they went home a little annoyed.

That night the musicians returned but they didn't get near the altar. As they arrived they went directly to the tarima where the fandango had started. A very old man with a very old violin, upon seeing the scorn they had for the Virgin, approached the altar, cleansed his violin and himself with basil and from a distance observed the fandango.

Among the musicians there was a violinist whom nobody knew or knew where he was from. His violin screeched in such a way the dancers had to cover their ears. But the musicians didn't hear anything. They did not want to get on the tarima and dance and stayed away from it fearful while the violinist continued to play. But the jaraneros didn't hear a thing and kept on playing. They played the same song for a long time without rest. Some musicians' fingers started to bleed. The dancers who were at first bored stayed away later, scared. Only the musicians stayed; the instruments splashed with blood continued to sound with the strumming of the fingers.

The violinist had bewitched them. They weren't aware nor they felt pain or heard the horrible sound his violin made. But the old man who had been observing from afar, when he considered it prudent, tuned his violin and approached the tarima and started playing his instrument along side the others.

Thus, among the violinists, a duel emerged. The violins, it seemed, were talking: one with a horrible voice and the other with a sweet and soft one. The hair on the bows started to break with the rapid motions from one side of the violin to the other. People from afar, silently observed the musicians with fear.

When a whirlwind went by, the man with the violin disappeared. Only the little old man with his very old violin remained. The jaraneros, then, woke up from the spell; saw their hands, puzzled asking themselves what had happened. The fandango ended right there and then, the lesson being learnt: they shouldn't scorn the Virgin.

WHY THE MAN DOES NOT DANCE

In the past nobody wore shoes. People were barefoot or wore guaraches (sandals). A person who liked dancing would save some money and would had a pair of boots made expressly for the purpose of dancing at the fandangos.

At that time there lived a man who had a vice for fandangos. Every Saturday he would be seen at fandangos with his shiny boots. From the time he arrived at a fandango he would get on that tarima and nobody could get him off. If somebody got on the tarima, immediately after the verse ended the man would get him off. This man stayed on the tarima longer than anybody else at the fandangos. He beat to the songs very well with strength and smoothly. The problem was that he did not let the others dance, creating discontent at each fandango.

Once there was a dance during one of those nights when the presence of "the friend" is felt; it was a heavy night. The sky would darken and then lighten with the passing of the clouds under the moon. The fandango was reaching a higher pitch: ten or twelve musicians crowded around the tarima, verses being sung one after another, song after song was heard and the tarima filled with dancers.

Then, as the song "El Buscapies" was playing, the man got on the tarima. He had started the first steps when a gentle breeze blew over which everyone liked. The song continued but only the women took turns at the tarima. The man continued at it, the rest of the men only observed. They wanted to get on the tarima but an invisible force prevented them from doing so.

Suddenly the dancer fell down with big pains in his legs. Everyone gasped. The enchantment was broken but the man had torn the ligaments in his legs. He never danced again or went near a fandango.

GLOSSARY

Acahualera: Small thorny bush.

Chaneque: A kind of mythological deity among the Nahuatl speaking population; the keeper of the streams, and waters who in the region are seen as the creators of enchantment. Chaneques do tricks on children.

Chinalteco: From Chinalta, an ethnic group from Oaxaca. It refers to one of several tunings used in the area. According to the booklet published by the musical group "Rio Crecido" from Santiago Tuxtla, this tuning goes as follows: from the first string up, C, E, A, G, but the fifth string is not played in this case. The tuning mostly used is as follows: G, A, E, C, G.

Galear: At times during a fandango a man may put his hat on a woman of his liking or because he likes her dancing. After the dance she returns the hat and he is obliged to invite her for refreshment.

Guindar: To hang up.

Limonaria: Local tree with lemon fragrance.

Mecapale: Jute used to bundle up firewood.

Media Bandola: Related to the Venezuelan bandola. From the second string: D, A, G without the fifth.

Pailas: Bronze or tin kettle used in cooking tamales.

Patololote: Tree also known as *pimienton*.

Persogadero: Place where animals are tied.

Pinole: Beverage made of roasted and ground corn; flour with which the said beverage is prepared.

Remudar: Take over for a dancer between verses.

Requinto: In the classification system of San Andres region, the term *requinto* is used to say small. Thus, *jarana requinto* means small jarana. That which in other areas is called *requinto* (instrument plucked with a plectrum made of a bull's horn) here is called *guitarra de son*.

Son de a bastante: Group or women's song/dance.

Tacualón: Rustic clay bowl.

Tatabiyiyayo: Ritual meal. From the Nahuatl *tatabit* (stew) and *yayo* (red). Prepared for memorials, wakes and weddings. Made with beef and corn flour.

Tenamaste: Also from the Nahuatl, these are the three stones between which the fire is lit for cooking.

Terral: The Larouse Spanish dictionary says earth breeze, but in local-speak it is used to mean fog.

Tlaco: A fourth part of the sheet of raw sugar; a quarter of the old coin known as niquel.

Vara: Castillian unit of measurement equivalent to .8356 meters.

Variacion Obligado: G, B, G, D, A (Rio Crecido).

Versos de entrada, de relacion and de argumentar: Entrance verses, argument and relation verses. Entrance verses: the ones a singer performs asking permission to start the performance. Relation verses: singers arrange verses by theme. Argument verses: one singer asks questions and another answers without musical pause.

Yobaltabantl: Word to name the devil. In Mexican or Nahuatl, Tavelilo. The Yobaltabentl do tricks on adults and the elder. Both Chaneques and Yobaltabantl are figures that have an educational function.



Carlos Escribano, guitarra de son

